

Año V, Número 20. Agosto-Noviembre, 2025

Cárcelva

Arte, Literatura y Pensamiento



ENSAYO

Trayectoria crítica
de Carlos Pacheco
Luis Barrera Linares

Extravagancias o
divagaciones, da lo mismo
Alberto Hernández

Vargas Llosa y los dogmas,
una relación de demoliciones
Marcos David Valverde

ARTE

El legado de Pedro Peña:
murales perdidos, memoria
y resistencia
Alfredo Silva

NARRATIVA

El Milagro
Pedro J. Zamora Nessi

La inspiración murió
un 16 de julio
Emanuel Rondón

POESÍA

Jamás ver a los pájaros volar
Isaac Adrián Chaurán Carvajal

Poemas visuales de
Ender Rodríguez

La Niña de Sadec
Julio César Blanco Rossitto

Vestida de monstruo
María Eugenia Catoni (Maega)

Cuatro poemas de
Carlos Drummond de Andrade
Traducción: Jesús Montoya

COLUMNISTAS

El republicano de Castillito
José Carlos Blanco

Rechazo a lo femenino
y los gustos de chicas
Deyreg Ruz Romero

Una manera especial de hacer
ciudad (parte II)
María Nuria De Cesaris

Cárcava

Arte, Literatura y Pensamiento

Año V, Número 20. Agosto–Noviembre, 2025

Revista que se edita en Venezuela- estado Bolívar. Ciudad Guayana

DIRECTORIO

Francisco Arévalo
Diego Rojas Ajmad
Carlos Yusti

COLUMNISTAS

Julio César Blanco Rossitto
Américo Fernández
Juan Martins
Milagros Mata Gil (+)
María Nuria De Cesaris
Ramón Ordaz
Bal Ferrero
Alfredo Rivas Lairer

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

Brígido Franeites

ARTE y FOTOGRAFÍA

María Eugenia Catoni
(MAEGA)
Yuri Valecillo
Carlos Alberto Valecillo
Ochoa
(CAVO)

LOGOTIPO

Carla Alcalá

revistacarcava@gmail.com

Enlace en la WEB

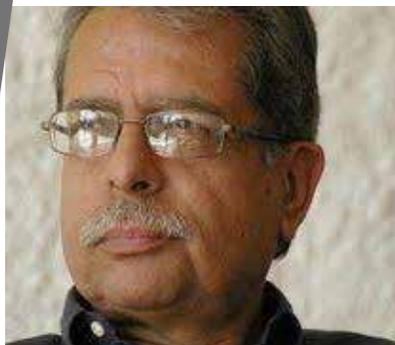
<https://revistacarcava.wixsite.com/inicio>

Normas generales

La revista Cárcava es una publicación electrónica venezolana realizada en Ciudad Guayana, estado Bolívar. La revista publica cuentos, poemas, ensayos, entrevistas, reseñas y demás textos que contribuyan al desarrollo y difusión de la literatura y el pensamiento. Es una revista de acceso abierto (Open Access), lo que significa que todo su contenido es accesible libremente, sin cargo para el usuario. Los usuarios están autorizados a leer, descargar, copiar, distribuir, imprimir, buscar o enlazar a los textos completos de los artículos de esta revista sin permiso previo del editor o del autor, siempre y cuando se cite la fuente. Cárcava no cobra a los autores ninguna tasa por presentación/envío de manuscritos ni tampoco cuotas por la publicación de artículos. Sus espacios están abiertos a colaboraciones para escritores de habla hispana ceñidos a requisitos básicos: originalidad, calidad, una foto, un resumen curricular y que los textos sean inéditos o que no se hayan publicado antes en cualquier otro medio en la web. La recepción de las colaboraciones no implica compromiso alguno de divulgación por parte de la revista Cárcava. Para los ensayos mínimo 1.500 palabras y máximo 5.000. Para poesía, mínimo 3 poemas, máximo 6. Para cuento, hasta 6.000 palabras como máximo. Reseñas, hasta 2.000 palabras.

Ensayo

7 **Luis Barrera Linares**
Trayectoria crítica
de Carlos Pacheco



11 **Diego Rojas Ajmad**
El secreto orden de
los libros

15 **Carlos Yusti**
La filosofía minimalista
de Byung-Chul Han

19 **Marcos David Valverde**
Vargas Llosa y los dogmas,
una relación de demoliciones

21 **Alberto Hernández**
Extravagancias o
divagaciones, da lo mismo



Arte

23 **Alfredo Silva**
El legado
de Pedro Peña:
murales perdidos, me-
moria y resistencia



Columnistas

27 **José Carlos Blanco**
El republicano
de Castillito



29 **Deyreg Ruz Romero**
Rechazo a lo femenino
y los gustos de chicas

31 **María Nuria De Cesaris**
Una manera especial de
hacer ciudad (parte II)

Poesía

33

María Eugenia Catoni
Vestida de monstruo



37

Julio César Blanco Rossitto
La Niña de Sadec

41

Isaac Adrián Chaurán Carvajal
Jamás ver a los pájaros volar

45

Ender Rodríguez
Poemas visuales

53

Jesús Montoya (Traducción)
Cuatro poemas
de Carlos Drummond de Andrade

Lecturas

73

Diego Rojas Ajmad
La mala suerte de
Ödön von Horváth



75

Francisco Arévalo
Los malos pensamientos

Narrativa

63

Pedro J. Zamora Nessi
El Milagro



67

Emanuel Rondón
La inspiración murió
un 16 de julio

Entrevista

69

Franklin Fernández
Ángel Marcó:
Mi poesía nace de mis
pensamientos de insomnio





Foto: Jocabeth Ochoa

Trayectoria crítica de Carlos Pacheco

Luis Barrera Linares



La labor de Carlos Pacheco (Caracas, 1948; Bogotá, 2015) en el ejercicio de la crítica podría dividirse en tres etapas: una primera, de formación; la segunda, de consolidación a partir de sus trabajos centrados en la narrativa latinoamericana y, una tercera, en la que se volcó ya definitivamente hacia la narrativa venezolana, principalmente focalizado en el cuento del siglo XX.

Sin ser exhaustivos, el inventario de su producción crítica incluye aproximadamente noventa ponencias y/o conferencias ofrecidas en diversos escenarios del país y fuera de él (principalmente en Europa y Estados Unidos). Otro tanto podría decirse de artículos en revistas y capítulos de libros, más unos dieciséis volúmenes publicados entre 1979 y 2022.

La primera fase va de 1973 a 1979, año este último en el que obtiene la maestría en Estudios Latinoamericanos (Universidad de Liverpool, Inglaterra). En medio de este lapso gravitan con luz propia sus acercamientos a la obra del narrador paraguayo Augusto Roa Bastos, principalísimamente lo referente a la novela *Yo el supremo* (1974), cuya trama tiene como personaje central al llamado “dictador perpetuo de Paraguay”, José Gaspar Rodríguez de Francia, quien gobernó ese país entre 1811 y 1840. Tanto énfasis puso en sus investigaciones sobre este tópico que alguna vez, ante una pregunta de un periodista acerca de su obra, el propio Roa Bastos sugirió al entrevistador que acudiera al profesor venezolano Carlos Pacheco, quien, a su criterio, sabía más que él respecto de lo que le estaban inquiriendo acerca de la novela. Posiblemente del contenido de *Yo el supremo* se derivó su posterior interés particular por la narrativa que gravita en torno de los dictadores y las dictaduras latinoamericanas.

Vendrá después un segundo lapso latinoamericanista (1979-1986). En esta etapa comienza a darse cuenta de la multiplicación de los frutos que resultan del trabajo en equipo, estrategia que será la más resaltante en la tercera fase. Junto a otros todavía jóvenes profesores también muy vinculados con la Universidad Simón Bolívar (sede de Sartenejas), Beatriz González Stephan y Javier Lasarte Valcárcel, en 1979 se integra por concurso público al cuerpo de investigadores contratados para desarrollar proyectos en el Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos

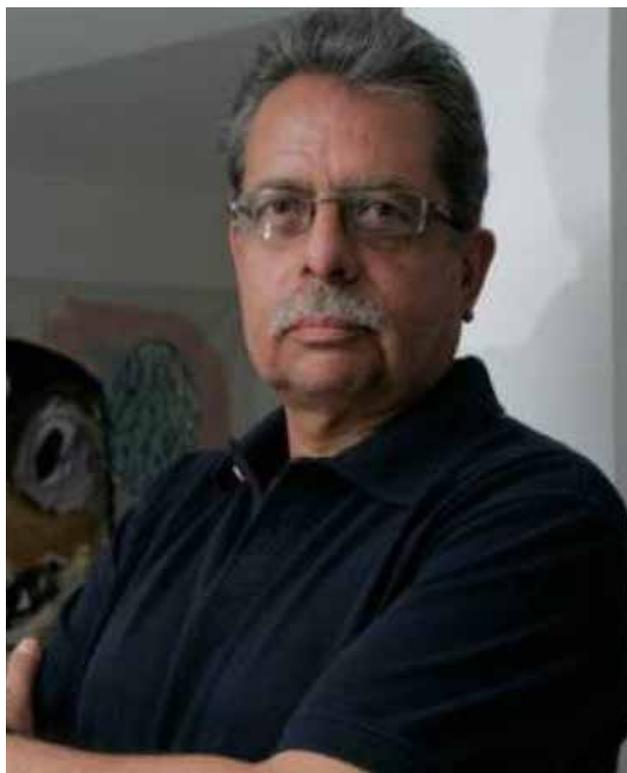
LUIS BARRERA LINARES

Profesor de Castellano y Literatura (UPEL, Caracas), Especialista en Investigación Lingüística y Literaria, Magíster en Lingüística Aplicada y Doctor en Letras. Narrador, crítico, editor y docente. Numerario Academia Venezolana de la Lengua, miembro correspondiente de la Real Academia Española y de la Academia Chilena de la Lengua. Ponente y conferencista en múltiples eventos nacionales y extranjeros, es autor o coautor de 35 volúmenes y cientos de artículos en revistas especializadas o de divulgación. Como narrador ha publicado 14 libros (novela y cuento). Ha sido columnista de diarios y revistas de divulgación durante más de treinta años. Su columna más conocida se titula *La duda melódica*.

Algunos de sus libros más recientes: *Cuentos breves y bravos* (2014), *Jueves de Cruz y Ficción* (2016); *Habla pública, Internet y otros enredos literarios* (2009, 2018); *Cuentos reunidos. 1978-2021*. (2021); *Nación y Literatura. Itinerarios de la palabra escrita en Venezuela*. (2006, 2021, con Carlos Pacheco y Beatriz González); *Desacralización y parodia. Aproximación al cuento venezolano del siglo XX*. (1997, 2022); *Propuesta para un canon del cuento venezolano*. (2014, 2022; con Carlos Pacheco y Carlos Sandoval); *La negación del rostro. Apuntes para una egoteca de la narrativa masculina venezolana* (2005, 2023) +info: <https://luisbarrerallinares.blogspot.com>

(CELARG). Se trata de una etapa de aprendizaje e intercambios con investigadores ya diestros y con vasta experiencia, como el peruano Cornejo Polar, el chileno Nelson Osorio, los uruguayos Ángel Rama y Hugo Achugar y el colombiano Carlos Rincón. Allí desarrolló entre 1979 y 1985 tres amplios proyectos de investigación, uno acerca de la narrativa de la dictadura (1980-1983); otro vinculado con la crítica literaria latinoamericana (1984-1985) y un tercero referido a la vida y obra del ilustre maestro mexicano don Alfonso Reyes (1984-1985). Un poco más adelante se integraría también al Consejo Directivo de esa institución (1994-2000). Agradecido como era por formación familiar y por convicción, Pacheco reconoció siempre la impronta que como crítico dejó en él quien fue ductor para muchos de nosotros: Domingo Miliani. Precisamente de ese lapso, hemos heredado un libro altamente apreciado por Miliani, un volumen que ha pasado a convertirse en un clásico y una referencia ineludible en el universo de habla hispana: *Narrativa de la dictadura y crítica literaria* (CELARG, 1987). Se trata del primer intento académico por sistematizar una temática y un corpus latinoamericano con el que Pacheco despeja un camino crítico que servirá de soporte y orientación para muchas investigaciones posteriores en el continente y muy especialmente en las universidades estadounidenses.

La tercera etapa de su labor crítica (1986-2015) comienza con la iniciación en 1986 del doctorado en Literatura Hispanoamericana, en el King's College de la Universidad de Londres, actividad académica que, bajo la dirección del profesor británico William Rowe, culminó en 1989 con una disertación dedicada al estudio de la oralidad en la literatura latinoamericana. Este evento constituyó la bisagra que posteriormente lo vincularía, ahora sí definitivamente, al estudio de la literatura venezolana. Como ejemplificaré más adelante, tal vez también fue esta su etapa más productiva y amplia desde el punto de vista de su labor como crítico literario. El resultado de sus estudios doctorales apareció plasmado en el libro *La comarca oral. La ficcionalización de la oralidad cultural en la narrativa latinoamericana*



El escritor Carlos Pacheco.

contemporánea (originalmente su tesis, traducida, ampliada, revisada y publicada por La Casa de Bello en 1992, y posteriormente reeditada por la Universidad Nacional de Colombia (2016). Aquí se detuvo el autor en algunos aspectos referentes a los estudios sobre la importancia de la oralidad. Propone un reajuste que busca postular la oralidad como forma paralela a la escritura literaria, en su mismo nivel de importancia. Analiza los territorios que él denomina «comarcas de la ficción», a partir de las formulaciones en las que el peruano José María Arguedas postula la existencia de dos territorios literarios plenamente diferenciados: el de los llamados *oralistas* (Juan Rulfo y Gabriel García Márquez, por ejemplo), frente a los *letristas* (Alejo Carpentier, Carlos Fuentes y Mario Vargas Llosa, para citar tres casos). Sin embargo, Pacheco no alude a territorios que se contraponen ni a espacios de subvaloración de uno frente al otro, sino a modos diferentes de asumir el trabajo estético con la palabra. Digamos, por ejemplo, las obsesiones de Juan Rulfo por hacer una narrativa donde las palabras escritas no hacen más que remitir a sonidos de diversa naturaleza: obra en

la que cada palabra se hace voz y apunta a los oídos del lector (y no a la vista), a la musicalidad, a las resonancias en toda su dimensión fonética, frente a lo visual de los grafemas o letras.

Arriba he utilizado la palabra *bisagra* para indicar que, luego del haberse dedicado a estudiar la oralidad en diversos autores de otros países, correspondería el turno a su vuelta a la narrativa venezolana, que ya se había iniciado con sus acercamientos iniciales a la novela *Oficio de difuntos* (1976), de Arturo Uslar Pietri.

Es el período en que toma cuerpo su convicción sobre las ventajas del trabajo en equipo. No soy amigo de los listados, pero, por la importancia que este aspecto tiene a la hora de definir la trayectoria de Pacheco como crítico, aquí me resulta ineludible presentar uno. Resumo entonces los trabajos en los que participó y, con otras personas, mostró resultados de proyectos grupales. Ofrezco excusas por citar mi nombre en algunos de ellos:

Del cuento y sus alrededores. Aproximaciones a una teoría del cuento. Caracas: Monte Ávila, 1993, con Luis Barrera Linares; reedición aumentada de 1997).

Novelar contra el olvido. Número monográfico de la revista *Estudios* (Universidad Simón Bolívar, Caracas) IX, 18 julio-diciembre de 2001, con Luz Marina Rivas).

Medio Milenio de Literatura venezolana. Proyecto colectivo sobre historia de la literatura venezolana, desarrollado en la Universidad Simón Bolívar y La Casa de Bello, con Beatriz González y Luis Barrera Linares, bajo la coordinación general de Oscar Sambrano Urdaneta. No publicado. Informe y resultados entregados a la Casa de Bello, inédito aún.

Nación y literatura: itinerarios de la palabra escrita en la cultura venezolana. Volumen colectivo sobre el proceso literario venezolano y la consolidación y crítica de la nación, desarrollado en la Universidad Simón Bolívar. Publicación conjunta de la Fundación Bigott, Banesco y La USB, 2006, reedición digital del año 2021.

La vasta brevedad. Antología del cuento venezolano del siglo XX. Caracas: Alfaguara, 2010, con Antonio López Ortega y Miguel Gomes.

Aproximación para un canon del cuento venezolano del siglo XX. Proyecto colectivo auspiciado por la Fundación para la Cultura Urbana, publicado por la editorial Equinoccio, 2014, con patrocinio de Banesco, con Luis Barrera Linares y Carlos Sandoval.

De acuerdo con el contenido de dichos proyectos, es más que obvia en este lapso la incursión en la literatura venezolana. Como una evidencia más de ello, podríamos mencionar el volumen individual titulado *La patria y el parricidio* (El Otro El Mismo, 2001), que marca otra etapa importante en la trayectoria crítica del autor. Una vez que ha asegurado su estancia en el más amplio espacio de la narrativa latinoamericana, comienza a saldar una deuda que, según él mismo, había mantenido con la creación literaria de su propio país. Así, la literatura venezolana, básicamente la narrativa breve, se vuelve un fértil campo de investigación. Y si bien por ese libro desfila un importante número de autores nacionales (desde los muy consagrados, como Arturo Uslar Pietri, Alfredo Armas Alfonzo, Miguel Otero Silva o Antonio Márquez Salas, hasta voces un tanto más recientes y aún en plena producción para esa época (Antonio López Ortega, Milagros Mata Gil, Laura Antillano, Ana Teresa Torres y Ednodio Quintero), destaco dos ideas que son recurrentes en todos los capítulos: una, la necesidad de estudiarnos como literatura autónoma, en proceso, con aportes y desaciertos, antes de autoflagelarnos hasta la saciedad, y otra, quiérase o no, la presencia inevitable de la obra de Rómulo Gallegos como almendra principal de la patria narrativa que hemos sido.

Postularía como núcleo de esta tercera etapa la preocupación por historiar de manera abierta y sin complejos el proceso de la crítica en la literatura nacional. Posiblemente, este asunto sea una consecuencia de los planteamientos de ese libro. A partir de ese propósito, nacerá entonces el proyecto cuyo resultado fue el volumen antológico colectivo *Nación y literatura. Itinerarios de la palabra escrita en la cultura venezolana* (2006, 2021). Dicho proyecto mostró claramente dos actitudes caracterizadoras del trabajo que, por supuesto, siempre compartimos

los tres coordinadores (la tercera fue Beatriz González Stephan). En primer lugar, la seguridad y el desprendimiento de pensar en los aportes que rinde el trabajo en equipo; la premisa de que miradas múltiples aprecian mejor algunos asuntos que escapan así de los peligros implícitos en el estudio individual. Segundo, que hay momentos del trabajo crítico en los que es necesario plantearse la evaluación de grandes períodos. Y obviamente que para ambos propósitos nada mejor que la visión grupal. Eso precisamente ha sido el contenido de Nación y literatura: un inventario de enfoques en el que no solo acudimos a la mirada colectiva de un equipo multidisciplinario de 51 investigadores (nacionales y extranjeros) de la literatura venezolana, sino que también allí se conjugan todavía, a casi veinte años de su publicación, las distintas orientaciones metodológicas e ideológicas de la crítica literaria contemporánea. Es exactamente lo mismo que podría decirse de La vasta brevedad y de la Propuesta para un canon del cuento venezolano del siglo XX. La primera es la antología por excelencia: una visión del cuento venezolano reflejada en una amplia muestra de ochenta cuentistas, utilísima para graficar las sinuosidades, las tendencias y los caminos del cuento nacional, desde 1898 hasta 2009. Otro tanto es aplicable a la Propuesta para un canon... en la que 19 voces de la crítica venezolana contemporánea afrontan la narrativa breve de 31 autores, a fin de fijar las variables y los rasgos de un posible canon para el relato local y su integración al más amplio corpus de la literatura hispanoamericana.

Carlos Pacheco dejó dispersa en diversos medios una obra que, poco después de su fallecimiento, comenzaría a publicar digitalmente la editorial Equinoccio. Fueron en total tres volúmenes que completan el testimonio de su trabajo crítico. Con una amplia presentación de otro eminente investigador venezolano, Oscar Rodríguez Ortiz, fueron los siguientes: *Caracol del lenguaje. Teoría y prácticas del cuento* (2016, prólogo de Alexis Márquez Rodríguez), *La hermana bastarda. Los usos de la crítica y los intelectuales latinoamericanos* (2018, prólogo de Miguel



Gomes) y *Ficciones de Clío. La ficcionalización de la historia en la novela hispanoamericana* (2022, prólogo de Luz Marina Rivas).

Este es entonces el resumen de la labor crítica de Carlos Pacheco. Un legado al que desde ahora tenemos la obligación de (ad)mirar con respeto y propiciar su difusión. Quizás deba yo aludir a que, por muchas razones, será difícil separar mi propio trabajo crítico de lo que hicimos a dúo con Pacheco. Es complejo hacerlo cuando has desarrollado al alimón con alguien una labor que comenzó en 1987 (al ingresar yo a la Universidad Simón Bolívar) y que no pudimos cerrar debido a su temprano fallecimiento (2015). Quedó pendiente un proyecto sobre el canon de la novela venezolana del siglo XX en el que, por diversos motivos, no pudimos avanzar. También teníamos pendiente y en proceso la tercera edición (digital) de *Del cuento y sus alrededores*.

Debo concluir diciendo que Carlos Pacheco y yo, como coinvestigadores, siempre vimos la vida profesional con optimismo y que tuvimos muchas cosas en común: desde el atavismo a los ancestros trujillanos, hasta el haber estudiado ambos en el Reino Unido, pasando por nuestro enfoque, dedicación y optimismo por la literatura venezolana. Aquí he querido rendir homenaje a su memoria, a fin de que las nuevas generaciones se acerquen a su obra crítica.

El secreto orden de los libros

Diego Rojas Ajmad



Mi buen amigo Roger Vilain, fanático lector en sus años juveniles de Lobsang Rampa, Erich von Däniken y de *El Retorno de los brujos*, me dijo alguna vez que el universo es como un largo pasillo de hotel, con infinitas puertas hacia ambos lados de los muros donde cada una de ellas da acceso a realidades distintas. Afirmaba Roger, con la seriedad de un experto, que todos estamos confinados a una sola de esas habitaciones, pero hay personas que consiguen acceder al largo pasillo y entrever otras moradas. «Sólo un escritor de literatura fantástica, lo más parecido a un gerente de ese enigmático hotel, es quien tiene la mayor cantidad de llaves», dijo con inusual solemnidad de animador de programa de temas esotéricos.

Recuerdo que aquella conversación la tuvimos en Mérida, en los lejanos años iniciales de la década de los noventa, cuando aún en la ciudad se oían los macabros relatos de una secta de jóvenes que vestían de negro y que, según decían, secuestraban niños y gatos para sus diabólicos ritos. Los llamados «comegatos» eran el terror cotidiano en aquella bucólica ciudad, acostumbrada a dormir con los arrullos de las quebradas, en almohadas de musgo y sábanas de neblina.

Al despedirnos, Roger me aconsejó leer a varios autores para entender mejor la idea de lo fantástico y de cómo este no es un lugar ajeno ni inalcanzable, sino que podemos toparnos con él en cualquier cruce de esquina, en el objeto menos inesperado, entrelazándose permanentemente con la realidad, haciéndose una infinita trenza de melcocha. Recuerdo con mucha nitidez el énfasis que tuvo al indicarme el orden exacto de las lecturas y de cómo debía ubicar los libros en los anaqueles: «Nunca se te ocurra juntar Cortázar, *Mi cocina* de Scannone, Todorov, Blavatsky, Ednodio Quintero, William Blake y *El libro de San Cono*, y mucho menos en ese orden. Nunca en un mismo anaquel ni en ese orden». Esto último lo repitió tres veces.

En ese momento pensé que lo que Roger me advertía era un chiste al que no lograba encontrarle la gracia.

Pero como la curiosidad es condición natural del ser humano —así decía Aristóteles— no tardé en hacerme de esos libros y juntarlos en un anaquel para ver qué ocurría. Mejor que nunca lo hubiese hecho. Ya en mi habitación, puse manos a la obra. Había puesto en el estante los cuatro primeros libros y nada ocurría.

Diego Rojas Ajmad

rojasajmad@gmail.com

@diegorojasajmad

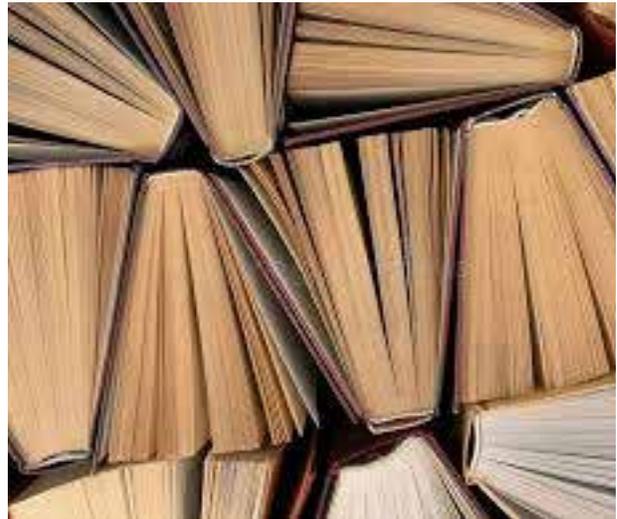
Doctor en Letras. Es autor de varios libros y artículos relacionados con temas de historia, teoría y crítica literarias.

Entre sus libros se cuentan: *Mundos de tinta y papel. La cultura del libro en la Venezuela colonial* (USB, Editorial Equinoccio, 2007), *Estampitas merideñas* (Instituto Merideño de la Cultura, 2010), *Revista Válvula: edición facsimilar* (ULA, 2011), *Estampitas guayanesas* (UNEG, 2016), *Para una historia literaria desde la complejidad. La historiografía de la literatura venezolana y sus tramas* (Editorial Académica Española, 2017) y *Posciudades. Manual de uso para ciudadanos nostálgicos y esquizofrénicos* (UCV, 2017), entre otros. En el 2006 ganó el premio único de la Bienal de Ensayo Enrique Bernardo Núñez. En el 2007, el concurso Cuentos sobre rieles y en el 2017 obtuvo el primer lugar en el premio de ensayo "Caracas 1567-2017".

Afuera, la noche seguía barriendo las calles con su lluvia, y un perro de un taller mecánico cercano anunciaba de vez en vez su presencia. A estas alturas no me quedaba más que sonreír por las locuras de Roger y más aún por mi facilidad para creer todo cuanto oía de mis amigos. Sin embargo, dejé congelada la sonrisa cuando acerqué a la hilera que estaba formando un libro de Ednodio Quintero (*La bailarina de Kachgar*; perdón, no tenía otro a mano), y de pronto un leve brillo iluminó mi habitación de pensión estudiantil.

Ya no era sonrisa sino asombro lo que se dibujaba en mi cara. Con los libros de William Blake y de San Cono en la mano, sentía cómo los otros libros vibraban cuando intentaba completar la combinación, cual si fuese un truco de magnetismo. Por si fuera poco semejante maravilla, cada vez que hacía este gesto de acercar los libros faltantes, se dibujaba sobre la pared el contorno luminoso de una puerta. Al alejarlos, se desvanecía.

Confieso que en ese momento más pudo la sobrevivencia que la curiosidad, y Aristóteles, con sus frases rimbombantes, podía irse directo a la porra. Imaginé que cuando completara la combinación de libros de pronto la puerta que se estaba dibujando se abriría y de ahí saldría una legión de come gatos para destrozarlo todo. Desordené los libros, puse cada ejemplar bastante alejado uno del otro y me eché a dormir pensando en olvidar la experiencia.



Es esta la razón por la cual, cuando observo una biblioteca, lo primero que se me viene a la mente es intentar desentrañar el enmarañado azar que dio a cada libro el lugar que ocupa en los anaqueles. Si veo *El Principito* al lado de *La vida nueva* de Pamuk, seguido de algún poemario de García Lorca y un ensayo de Carlos Yusti, una risueña sensación me indica que nada malo podría pasar y que los dueños de esos libros ningún peligro corren. Si encuentro *La pasión disimulada* de Carmen Rodríguez junto a María Calcaño, Francisco Arévalo y al *Werther* de Goethe, de seguro el pronóstico de un inusual y amoroso día espera a sus lectores. Pero a veces sucede que no todas las combinaciones son halagüeñas.



En cierta ocasión, Arturo Úslar Pietri experimentó una fantástica y tormentosa experiencia de combinación bibliográfica que tuvo el valor de describir en su libro de 1951 titulado *Las Nubes*.

Comienza Úslar Pietri su testimonio: «Un poco por azar, un poco por capricho, tres libros han venido a quedar juntos en el pequeño estante que tengo junto a mi mesa de trabajo». Esos tres libros que menciona son, nada más y nada menos, *La riqueza de las naciones*, de Adam Smith; *Sobre la guerra*, de Karl von Clausewitz y *El capital*, de Karl Marx. Imaginen la atómica puerta de luz hacia otras dimensiones que la conjunción de estos ejemplares creó en el estudio de Úslar Pietri. Nada comparado con mi pequeño atisbo luminoso en una pequeña habitación merideña.

El asombrado Úslar Pietri, luego de narrarnos el torbellino de imágenes, ideas y recuerdos que generó su combinación de libros, remata con unas frases titubeantes: «Casi puede pensar uno que sin esos tres libros la historia hubiera sido distinta (...). Que no son otros que esos libros que miro ahora en mi estante con una desazonada sensación de vértigo». Imagino al escritor despeinado, en medio de una montaña de papeles desordenados y buscando explicación a lo sucedido.

Si con sólo tres libros (¡y qué libros!) un lector pudo crear una puerta de esa fuerza de vértigo, calculen ustedes lo que puede generar una pequeña biblioteca personal que contenga tres, treinta, trescientos o tres mil ejemplares. La combinación y la permutación hacen infinitas las posibilidades para abrir pasadizos hacia otras dimensiones. Pero no crea que para acceder a esas otras realidades basta con encontrar la combinación adecuada de libros; estos además deben haber sido leídos por quienes intenten ordenar los ejemplares. Así que no hay trampa que valga.

Todo esto me hace sospechar de la clasificación decimal Dewey, la que se emplea en las bibliotecas para dar orden a los ejemplares, pues quizás no fue creada sólo para hacer más fácil la búsqueda, sino que además impide que el azar dé con el orden secreto de los libros para abrir la última puerta que nos muestre la realidad en sus múltiples y verdaderas formas.

A los días volví a ver a Roger; esta vez en el cafetín cercano a la plaza Bolívar. Nos saludamos como de costumbre y esperé a que estuviese solo para preguntarle qué había visto él detrás de aquella enigmática puerta de luz...





Foto: Yuri Valecillo

La filosofía minimalista de Byung-Chul Han

Carlos Yusti



Desde los griegos la filosofía tenía como eje escrutar las incógnitas de la existencia, percibir el mundo a través del prisma de un equilibrado razonamiento, en que las ideas y la lógica intentaban desentrañar ese engranaje conocido como universo y del cual el hombre era sólo una pieza más. Todo estaba bien hasta que vino uno del gremio, con aires justicieros, a enfatizar que la filosofía no debía pensar el mundo, que su tarea era cambiarlo.

A partir de entonces se ha debatido mucho sobre la utilidad de la filosofía, cuáles son sus usos prácticos para desenvolvernos en la cotidianidad. La respuesta de Fernando Savater siempre ha resultado bastante honesta: ¿Para qué sirve la filosofía? Estamos acostumbrados a que la ciencia resuelva muchas de nuestras perplejidades y problemas, pero ciertas preguntas continúan abiertas porque no admiten ninguna solución definitiva y se repiten de generación en generación. Son las cuestiones acerca de la muerte, de la verdad, del universo, de la libertad, de la justicia, de la belleza, del tiempo... La filosofía no pretende contestarlas de una vez por todas, sino que sigue enseñando a plantearlas de forma cada vez más enriquecedora...

En la actualidad parece que la filosofía (en apariencia) se ha atrincherado en las aulas de la universidad, en donde los profesores de filosofía se han limitado no a enseñar a pensar, sino a repetir las lecciones de esos filósofos cinco estrellas como Platón, Aristóteles, Descartes, Hegel y los demás.

No obstante, con la Internet la filosofía parece salir de su gueto académico para asumir un protagonismo de cierta periodicidad en el espacio público. Para hacerse mediático nuestro filósofo debe adecuar su discurso, tiene que eliminar tanta broza profunda y limitarse a esas ideas sencillas que puedan calar en el mayor número de individuos. Quizá no hagan esto de manera premeditada y les suceda como a la escritora de telenovelas Delia Fiallo, quien dijo que ella leía una obra como *La Tempestad*, de Shakespeare, pero entonces al escribir le salía una telenovela como *Topacio*. Algo parecido puede pasarle al filósofo mediático que lee Aristóteles, Hegel o Heidegger y le sale una papilla masticada y agradable a cualquier paladar. Voltaire fue el primer filósofo que se preocupó por hacerse de un público, por estar presente en la escena pública, aunque

CARLOS YUSTI

(Valencia, Venezuela, 1959) es pintor, editor y escritor. Como editor, fue cofundador de la revista *Zikeh* y del grupo literario *Animales Krakers* en Valencia; formó parte del equipo de la revista cultural *Predios* y fungió como director de editorial de las revistas impresas *Fauna Urbana* y *Fauna Nocturna*. En la web ha coordinado las páginas *Arteliteral*. Como escritor ha publicado los libros *Pocaterra y su mundo* (1991), *Virgenes necias* (1994), *Cuaderno de argonauta* (1996), *De ciertos peces voladores* (1997), *Los sapos son príncipes y otras crónicas de ocasión* (2006), *Dentro de la metáfora: absurdos y paradojas del universo literario* (2007), *Para evocar el olvido y otros ensayos inoportunos* (2007) y *Poéticas del ojo* (escritos sobre arte).

esto le acarreará muchos enemigos, pero a la par también muchos incondicionales. A Voltaire sin duda le hubiese encantado la Internet o escribir puntillosos mensajes de texto.

Byung-Chul Han pertenece a ese nuevo cuño de filósofos que podríamos llamar virales (y en el cual se puede incluir a Slavoj Žižek, Fernando Savater, Michel Onfray...) y cuya presencia en la Internet es innegable. Sus libros de apenas ochenta o cien páginas son un cúmulo de nuevos términos y conceptos que intentan desenredar un poco el ovillo irracional de nuestro presente. Byung-Chul Han escribe frases de relojería que estallan en la cara del lector de manera diáfana y cristalina.

Este filósofo de origen surcoreano, y cuya carrera se ha desarrollado en Alemania, busca desmenuzar todas las trampas y trucos del presente. Lo hace a través de un discurso que conecta con el arte, la economía, la literatura, la filosofía y por supuesto con toda esa variada amalgama de la cultura globalizada.

Con mínimos recursos discursivos desglosa todas las contradicciones del mundo actual y apoyándose en lo escrito por otros filósofos y escritores construye libros fragmentarios sin recurrir a palabras rimbombantes ni a párrafos farragosos e intrincados. Retoca y retuerce sus puntos de vista con gran versatilidad. Sus ideas son frescas, puntuales y sin alardes. Los títulos de sus libros tiene mucha pirotecnia que engancha con la actualidad: *La sociedad del cansancio* (2010), *La agonía del Eros* (2012), *La sociedad de la transparencia* (2012), *En el enjambre* (2013), *El aroma del tiempo. Un ensayo filosófico sobre el arte de demorarse* (2014), *Psicopolítica. Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder* (2014).



Byung-Chul Han

Byung-Chul Han maneja términos bastante peculiares como psicopolítica, el capitalismo de la emoción, el *Big Brother* amable... Leamos algunos fragmentos para ubicarnos mejor:

*El comienzo del siglo XXI, desde un punto de vista patológico, no sería ni bacterial ni viral, sino neuronal. Las enfermedades neuronales como la depresión, el trastorno por déficit de atención con hiperactividad (TDAH), el trastorno límite de la personalidad (TLP) o el síndrome de desgaste ocupacional (SDO) definen el panorama patológico de comienzos de este siglo. Estas enfermedades no son infecciones, son infartos ocasionados no por la negatividad de lo otro inmunológico, sino por un exceso de positividad. De este modo, se sustraen de cualquier técnica inmunológica destinada a repeler la negatividad de lo extraño (*La sociedad del cansancio*).*

*La sociedad de la indignación es una sociedad del escándalo. Carece de firmeza, de actitud. La rebeldía, la histeria y la obstinación características de las olas de indignación no permiten ninguna comunicación discreta y objetiva, ningún diálogo, ningún discurso (*En el enjambre*).*

La sociedad disciplinaria de Foucault, que consta de hospitales, psiquiátricos, cárceles, cuarteles y fábricas, ya no se corresponde con la sociedad de hoy en día. En su lugar se ha establecido desde hace tiempo otra completamente diferente, a saber: una sociedad de gimnasios, torres de oficinas, bancos, aviones, grandes centros comerciales y laboratorios genéticos. La sociedad del siglo XXI ya no es disciplinaria, sino una sociedad de rendimiento. Tampoco sus habitantes se llaman

ya "sujetos de obediencia", sino "sujetos de rendimiento". Estos sujetos son emprendedores de sí mismos. (*La sociedad del cansancio*).

La sociedad de la transparencia es una sociedad de la desconfianza y de la sospecha, que, a causa de la desaparición de la confianza, se apoya en el control. La potente exigencia de transparencia indica precisamente que el fundamento moral de la sociedad se ha hecho frágil, que los valores morales, como la honradez y la lealtad, pierden cada vez más su significación. (La sociedad de la transparencia).

Todos estos fragmentos (escogidos al azar) tienen en común que buscan colocarle etiquetas a todo aquello que vivimos a diario y que parece sobrepasarnos de manera anónima, ya que a nuestros ojos carecen todavía de una identidad filosófica (o en todo caso discursiva). Por otro lado son fragmentos de sencilla asimilación aunque uno sea un lego en cualquier materia. Sin duda no son deslumbrantes ni poseen ese estilo literario que cuida la belleza arquitectónica de las palabras, pero tienen a su favor su asertividad al señalar algunas filias y fobias de nuestra actualidad y que percibimos/padecemos desde una especie de analfabetismo atónito y funcional.

En la Grecia clásica los filósofos se iban a la plaza para disertar sobre los problemas universales más urgentes. Hoy la plaza es la Internet. Nunca ha importado demasiado el pódium que utilice el filósofo, más bien lo que se toma en cuenta son las ideas que este echa a volar al viento. Manuel Cruz, que es catedrático de filosofía contemporánea en la Universidad de Barcelona, ha escrito: "Que el filósofo mediático puede equivocarse, e incluso equivocarse severamente, nadie lo duda. Pero lo que no es de recibo es que su mera presencia en el espacio público constituya un elemento de descalificación (...). Al filósofo mediático se le ha de criticar —como, por lo demás, al más fervorosamente académico— por lo que diga, no por el lugar en el que se instale".



En el fondo toda filosofía busca que nuestro paso por esta existencia sea menos trágica y sí un poco más llena de alegría y lucidez. Un buen ejemplo podrían ser las filosofías hindú, tibetana o china, que buscan que cada cual llegue a un estado de claridad y pueda vivir en armonía con todo lo que le rodea. No por azar Savater expresa: "La filosofía no va por un lado y la vida por otro, la filosofía es una forma de reflexionar sobre la vida para intentar vivir mejor. Los tiempos siempre son difíciles, ahora y en la época de Aristóteles, pero vivir siguiendo la rutina nunca mejora a nadie".

En el fondo toda filosofía busca que el cambio se genere en cada persona desde el interior, busca que los individuos se perfeccionen a sí mismos y puedan ser capaces de transformar su entorno para mejor. Esto parece ser el eje común de la filosofía: que el hombre llegue a conocerse en profundidad, que intente despojarse de los prejuicios y de todos los aprendizajes vanos e inútiles que ha recogido en el camino. Es famoso ese cuento del erudito que llega a la casa de un maestro para que le enseñe sobre la filosofía zen. El erudito se solaza sobre lo que ha leído y sobre todo lo que conoce. El maestro imperturbable le invita una taza de té. Vertió la infusión en la taza de su visitante y



cuando la misma estuvo llena, siguió vertiendo. La taza rebosaba la taza. El erudito miraba, un tanto extrañado, cómo el líquido se derramaba y pensó que el maestro era sólo un pobre tonto. Por fin no pudo contenerse y gritó: “La taza está completamente llena. ¡Ya no cabe ni una gota más!”. El maestro con tono tranquilo le dijo: “Al igual que esta taza, usted está lleno de sus ideas, prejuicios y opiniones. ¿Cómo podría mostrarle lo que es el camino del zen si primero no vacía su taza?”.

Despojarse de toda falsedad de juicio, de todo aprendizaje vil, de todos esos prejuicios que sobrevuelan como moscas ruidosas por nuestra alma, puede ser la otra finalidad de la filosofía. Aprender y meditar sobre la complejidad de lo cotidiano con claridad cada día de nuestra vida, podría ser el fin último de la filosofía. En ocasiones sólo somos un vaso demasiado lleno incapaz de emitir sonido alguno. Ninguna sonoridad sale de nuestro interior, ninguna música que pueda agradar a los demás sin pedantería ni egoísmo, o como mejor lo expresa este breve cuento tibetano:

Era un lama cuya enseñanza enfatizaba la necesidad de percibir el vacío. Instaba a sus novicios y monjes a que se vaciaran de

todo y percibieran el sustrato vacío de todos los fenómenos. Pero tanto acento ponía en la necesidad de vaciarse, que un día cinco monjes se acercaron a él y le dijeron:

—Venerable lama, en absoluto cuestionamos tus enseñanzas, pero ¿por qué pones tanto énfasis en la doctrina del vacío?

El lama sonrió y dijo:

—Al atardecer, los espero a todos aquí en el santuario con un vaso lleno de agua.

Al declinar el día, los monjes llegaron al santuario con sus vasos de agua. El maestro dijo:

—Golpeen el vaso con cualquier objeto y háganlo sonar. Quiero oír la música de sus vasos. Así lo hicieron los monjes, pero el sonido era muy pobre y apagado.

El lama añadió:

—Ahora vacíen el vaso y vuelvan a hacerlo.

Los monjes arrojaron el agua de los vasos y comenzaron a hacerlos sonar. Ahora el sonido era vivo y vibrante. El lama dijo:

—Vaso lleno no suena.

Los cinco monjes comprendieron la enseñanza y el lama sonrió satisfecho.



Vargas Llosa y los dogmas, una relación de demoliciones

Marcos David Valverde



Mario Vargas Llosa contaba que de niño era un católico devoto, con misas de domingos y oraciones al retrato de su papá, a quien creyó muerto. Hasta los 12 años, cuando en su colegio un religioso, con el ánimo de masturbarlo, le manoseó la bragueta. Ese fue el comienzo de su convicción atea, que lo acompañó durante las siguientes ocho décadas hasta el 13 de abril último, día de su muerte.

Habiendo repasado los entuertos de un hombre multidimensional (como lo somos todos), se me antoja de manera arbitraria que el del ateísmo resulta clave para entender sus andares vitales. Ensayo una explicación, partiendo de la especulación de lo que pudo haber atravesado la mente del entonces puberto escritor.

Razonaba en *El pez en el agua* (1993), su autobiografía política, que la experiencia con el hermano Leoncio, el religioso que quiso abusar sexualmente de él, lo llevó a separarse del catolicismo y, como valor añadido, a interiorizar despacio la idea del ateísmo. Fue su primera gran ruptura con un dogma.

Desde entonces, en el camino del conocimiento propio, la ruptura con los dogmas fue el gran hilo conductor en su vida. El segundo dogma reconocible fue el comunismo. En sus años universitarios, y aún en Lima, militó en el Partido Comunista Peruano (PCP). Aquella época la recordaba, a proporciones iguales de reflexión y de sorna, con palabras del escritor venezolano Salvador Garmendia: “Éramos pocos pero bien sectarios”.

Con la frase pretendía contextualizar el carácter cerrado y vertical que privaba entre los militantes comunistas, amén de que los unía el enfrentamiento contra una dictadura militar, la del ochenio del general Manuel Odría (1948-1956). Rompiendo con el PCP, rompió entonces con otro gran dogma.

En esa misma época vivió su ruptura con el ideal de Jean-Paul Sartre del escritor comprometido y, con las lecturas de Albert Camus, de George Orwell y de Jorge Luis Borges, poco a poco, se fue liberando de las ideas absolutas en torno del oficio y rompiendo así con el tercer dogma.

El cuarto que identifiqué para este repaso fugaz es con el socialismo, una ilusión que pensó encarnada en la Revolución cubana. Convertido en su defensor entusiasta, Vargas Llosa vio esa ilusión desmembrada cuando Fidel Castro y sus barbudos convirtieron Cuba en lo mismo que juraron destruir, un aquelarre cruento y corrupto. Los primeros desencantos se solidificaron con las cárceles para disidentes y homosexuales (a quienes, por

Marcos David Valverde
Venezolano. Periodista investigativo. Nació en Ciudad Guayana y creció en Ciudad Bolívar. Egresó de la UCAB Guayana en 2010. El denominador común de su carrera fue el diario Correo del Caroní, donde se formó como periodista. Ahora escribe para Armando.info..

cierto, Vargas Llosa defendió en una época en que era común tomar a los homosexuales por enfermos). El quiebre llegó con el caso del poeta cubano Heberto Padilla, su encarcelamiento y su comparecencia pública al mejor estilo de la Gran Purga soviética. Al romper con Castro, rompió con otro dogma.

El quinto dogma identificable es su propio estilo narrativo. Y éste, a su vez, es visible en dos vertientes: la primera es la etapa que va desde *La ciudad y los perros* (1963) hasta *La tía Julia y el escribidor* (1977), en que está muy presente la referencia autobiográfica; la segunda es la narración experimental que alcanzó un paroxismo en *Conversación en La Catedral* (1969). Con esos dos enfoques entrelazados se consagró, y aunque la fórmula le resultaba viable y cómoda, Vargas Llosa no tuvo empachos en romper con esta, replantearse y avanzar. El resultado fue el regreso a la novela total con la obra que, considero, es el portento de todos sus portentos, *La guerra del fin del mundo* (1981).

El sexto dogma bien puede enmarcarse en el anterior y es el consistente en las formas envaradas, serias, de la narración que se despliegan en sus tres primeras novelas, algo de lo que se desprendió, luego de muchas batallas interiores, en *Pantaleón y las visitadoras* (1973), su cuarto título. Asumiendo un estilo humorístico, despedazó así otro dogma (que, por cierto, adoptó gracias a las enseñanzas de Sartre).

Su vocación liberal estuvo salpicada con visos dogmáticos cuando apoyó, en nombre de su visión política, a los ultraderechistas Jair Bolsonaro en Brasil, José Antonio Kast en Chile y Javier Milei en Argentina, algo que quienes defendemos la moderación política y lo admiramos no dejaremos de interpelar. ¿Prevaleció, entonces, en el ya otoñal genio literario el dogma para asumir tales decisiones? Por qué no, habría que concluir. Y en todo caso, fueron dogmas que no alcanzó a demoler.

Sin embargo, y aun en su vehemencia, nunca estuvo exento del autocuestionamiento. Tanto así, que desde su ateísmo defendió siempre la libertad de culto entendiendo el sentimiento reconfortante



que es la religión para los feligreses honestos y convencidos. "Soy agnóstico y no practico ninguna religión. Pero creo que la religión es uno de los ingredientes fundamentales de la convivencia humana y del orden humano. Creo que la mayor parte de la gente no puede vivir sin la idea de un más allá, no puede aceptar la idea de que la vida se extingue en esta vida. Eso produce en la gente desasosiego, angustia, inseguridad, locura, entonces la religión es la defensa que tiene el ser humano contra eso y creo que la gran mayoría de seres humanos necesita la religión porque la idea de justicia y de legalidad si no viene acompañada de esa fuerza espiritual pierde arraigo. La pura cultura no les basta. Nos basta a una minoría, la gran mayoría necesita una religión y eso no solo hay que aceptarlo sino fomentarlo", declaró en una entrevista que cito de El deber.

Así transcurrió una vida que se extinguió en marzo pasado, a los 89 años. Un carácter del que, con una visión desprovista de los lastres dogmáticos, vale la pena tomar apuntes. Y aprender, a lo mejor.

Extravagancias o divagaciones, da lo mismo

Alberto Hernández



Todo libro es un intento fallido.

*

Quien hace crítica literaria advierte que las palabras son una impostura.

*

Hay poetas que escriben desde el fracaso del otro. El propio, forma parte de una ilusión compartida.

*

La muerte y la poesía viajan en una misma dirección. En una sola palabra.

*

La muerte es un poema muy corto.

*

Un poeta es bruma y silencio.

*

Son tantos los poetas como poca la poesía.

*

Un terremoto no reniega de la belleza.

*

Un terremoto tiene un lado en la poesía.

*

ALBERTO HERNÁNDEZ

Poeta, narrador, periodista y pedagogo venezolano. En 2020 fue designado miembro correspondiente de la Academia Venezolana de la Lengua por el estado Aragua. Tiene un posgrado en Literatura Latinoamericana en la Universidad Simón Bolívar y fue fundador de la revista Umbra. Ha publicado, entre otros títulos, los poemarios *La mofa del musgo* (1980), *Amazonia* (1981), *Última instancia* (1989), *Párpado de insolación* (1989), *Ojos de afuera* (1989), *Nortes* (1991), *Intentos y el exilio* (1996), *Bestias de superficie* (1998), *Poética del desatino* (2001), *En boca ajena: antología poética 1980-2001* (2001), *Tierra de la que soy* (2002), *El poema de la ciudad* (2003), *El cielo cotidiano: poesía en tránsito* (2008), *Puertas de gallina* (2010), *Los ejercicios de la ofensa* (2010), *Stravaganza* (2012), *Ropaje* (2012) y *70 poemas burgueses* (2014). Además, ha publicado los libros de ensayo *Nueva crítica de teatro venezolano* (1981) y *Notas a la liebre* (1999); los libros de cuentos *Fragmentos de la misma memoria* (1994), *Cortometraje* (1999), *Virginidades y otros desafíos* (2000) y *Relatos fascistas* (2012); la novela *La única hora* (2016) y los libros de crónicas *Valles de Aragua, la comarca visible* (1999) y *Cambio de sombras* (2001). Con la novela *El nervio poético* ganó el XVII Premio Anual Transgenérico de la Fundación para la Cultura Urbana (2018).

Cuando la tierra tiembla, el cielo se reacomoda.

*

El sismo es tan humano, que piensa dos veces en despertar a los solitarios.

*

La tierra sufre de mal de Parkinson.

*

Bajo nuestros pies un dinosaurio bosteza.

*

Cuando cae la máscara, el rostro no está.

*

El poema puede ser el hueco del que nadie sale, pese a no haber caído en él.

*

El poema es tan serio que sonrío.

*

Es la misma ola, sólo que un cangrejo detiene la marea.

*

Si usted imagina que está loco, déjelo así, asuma que lo está. Total, no cuesta nada. Y si alguien se da cuenta, disfrútelo.

*

Si la tierra no girara, creería que el mundo es un mapa sobre la mesa.

*

Los ojos son globos terráqueos perdidos en la cara.



Tener la certeza de que eres un fantasma, no me interesa. Sólo si estás.

*

Suelo recrearme en un lunar del fantasma que cada noche me visita. No logro precisar en qué lugar lo tiene.

*

He vivido largamente. Es decir, no me dio el tiempo para amarte.

*

Y si era una nariz tan larga, por qué tan corto el cuento.

*

Una teoría de la minificción nos conduce a la agonía.

*

Espero que nuestra amistad no se sienta afectada, pero tengo que matarte.

*

Frente a mí está mi cadáver. Quien lo mira desde el espejo es un personaje que se perdió en un sueño.

*

Dios es una ecuación. ¿Quién la resuelve?

El legado de Pedro Peña: murales perdidos, memoria y resistencia

Alfredo Silva



Durante más de treinta años conservé con cuidado en mis archivos estas fotografías. Las tomé a finales de los años ochenta del siglo pasado. Resulta que hasta hoy son el único referente visual conservado de los murales que realizó Pedro Peña. Todos esos trabajos extraordinarios desaparecieron junto con las paredes que los mostraban. Siempre en la calle de algún sector popular. En uno de los frecuentes encuentros con Pedro, en los alrededores de la plaza Bolívar de El Tigre, le muestro las fotos para conversar sobre la importancia de aquellos murales en su experiencia como artista:

«Esos trabajos fueron hechos con los vecinos en celebración. Un sancocho, unas cervezas y unos cigarros. Respetaban lo que yo hacía sin molestar. Ellos ponían las pinturas y todo lo que podían aportar para el mural».

Peña trabajaba los murales en un ambiente de comunidad, donde los vecinos no solo observaban, sino que aportaban materiales para dar vida a la obra. Realizó murales vibrantes, llenos de vida. Reflejaron la cultura aluvional y sincrética de una población surgida entre el caos de la explotación del petróleo en la región; la cotidianidad en El Tigre. En esos murales usó su conocimiento, su arte y su espiritualidad para conectar a la gente con sus raíces. Sus murales fueron más que simples imágenes; exigían una reflexión respecto a los sentimientos



Mural 1- detalle 1 por Pedro Peña - Foto Alfredo Silva

ALFREDO SILVA

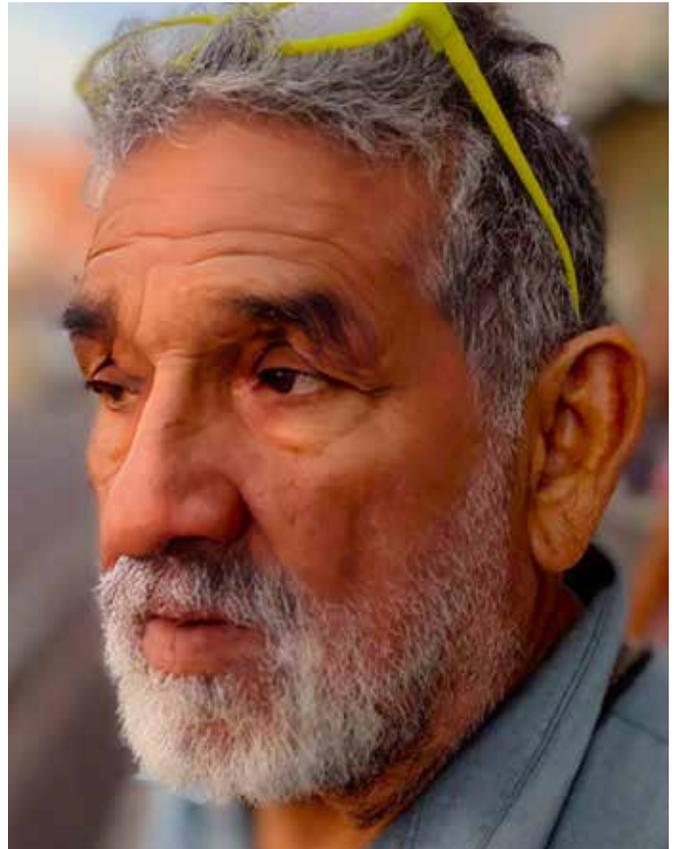
Director fundador de la Biblioteca Pública Simón Bolívar de San José de Guanipa (1992-1994). Coordinador del Fondo Editorial Miguel Otero Silva del Ateneo de El Tigre (1994-2000). Coordinador de la página literaria del diario Antorcha (1992-1994).

y valores de las personas que iniciaron la existencia de esta ciudad y los que permanecían en ella entonces.

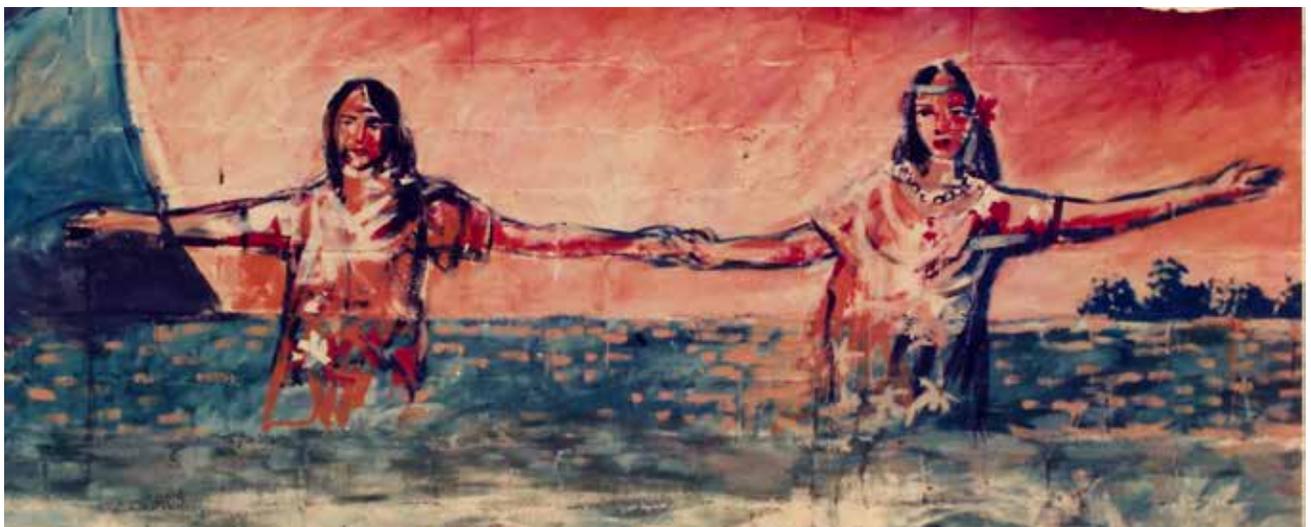
Peña estudió pintura en el Taller Libre de Arte de El Tigre cuando estuvo dirigido por Eduardo Latouche, en los años 60:

«Latouche nos decía que nosotros somos caribes. Indígenas que debemos expresarnos en nuestra pintura y en nuestro arte con esa herencia. Tenía toda la razón... Cuando yo estaba haciendo esos trabajos esta era mi expresión, porque yo no estaba en nada de este peo, ni político ni nada... sino que vivía mi vaina chamánica».

Los trazos en los murales fueron realizados con brochas medianas con una seguridad que al espectador revela el dominio del dibujo, las proporciones y la profundidad. Se pensaría que se realizó al menos un boceto previamente y, sin embargo, no fue así. Las paredes fueron abordadas directamente por la emoción, por la necesidad de soltar sobre ellas la herencia cultural y el entorno social de aquellas personas. Las escenas de mujeres usando alpargatas y vestidos tradicionales de la comunidad indígena kariña, un cielo rojo, un campo de maíz, la mitad del espacio cortado por el oleoducto petrolero que surge desde un tanque plateado en el borde de horizonte; el balancín negro que extrae crudo y compite por la escena contra un animal de carga. Representaciones que combinan expresionismo en color y cubismo en las formas.



El pintor Pedro Peña nació el 24 de enero de 1951 en Santa Bárbara de Maturín. Estudió pintura en el Taller Libre de Arte de El Tigre. En 1971 obtuvo el segundo premio del Salón Alejandro Otero. Esta fotografía de Pedro Peña con barbas fue tomada por Antonio Hernández.



Mural 2- detalle 1 por Pedro Peña - Foto Alfredo Silva



Mural 3- detalle 1 por Pedro Peña - Foto Alfredo Silva

Escucharle hablar con respecto del impresionismo y del expresionismo produce la sensación de que se está refiriendo a una experiencia personal muy intensa de revelaciones místicas; de apariciones surgidas en un resplandor, en un cerrar de los ojos que le muestra lo que ocupa su propio interior.

En los rostros de los murales no hay expresiones evidentes: ni ira, ni tristeza, ni alegría. Sólo al mirar de cerca, en sus ojos, se percibe una energía sutil, una esencia que va más allá de las emociones superficiales. «*Eran gentes serenas*», dice, y la palabra «serenas» adquiere un significado de paz y tranquilidad mental que, según él, la gente ha perdido hoy día.

Revisa las fotos de los murales, los viejos recortes de prensa, las fotos que le tomaron en aquellos años. Entonces manan reflexiones en voz alta, un diálogo interior compartido:

«Estas fotos hablan de un Pedro nada dulzón... Recuerdo mi línea, claro... esta era la línea que venía desarrollando, pero la corté. Aún está dentro de mí. La corté porque se acabó el material. Yo gastaba tarros de óleo... Casi toda mi obra interesante la



Mural 3- detalle 2 por Pedro Peña - Foto Alfredo Silva

*ocultaron, desapareció... Aquí está a destajo el trazo expresionista; sin embargo, tiene un realismo social... se siente ese ímpetu mío... cuando traté de moderarme me convertí en un tipo conformista... estoy dividido entre mi trabajo y la necesidad que impusieron estos *#*# de su madre...».*

La última frase la pronuncia con templanza, sin levantar la voz, y con ello el silencio que le sigue es estruendoso. Luego mira hacia la plaza:

«Fíjate en las personas que están allí en la plaza. Tienen los hombros caídos, la espalda encorvada, están tristes, sentados en los bancos con la mente perdida, la mirada metida en la pantalla de los teléfonos. Es la peste», dice Peña, con la misma carga metafórica que usó Albert Camus.

«Sólo cuando pasan los carajitos del liceo se oyen algunas risas... de alguna forma los artistas nos convertimos en cómplices de esta situación, de esta decadencia, que degrada a las gentes, cuando dejamos que los problemas del día a día sofoquen la creación... no quiero morirme aquí sin realizar un trabajo que está pendiente... quiero salir de esta... aquí, ahora, el arte está estancado y obsoleto».

Con las fotos en blanco y negro surgen otros detalles que le devuelven a su diálogo interior en voz alta:

«Desde un punto de vista de cultura latinoamericana, esta obra me identifica más... Estas figuras transmiten un surrealismo... entran en la abstracción sin perder la poética indigenista... Esta obra es más importante que otra posterior, porque es la que venía del Taller Libre de Arte...».

Los lienzos del pintor hace mucho que no participan en exposiciones. Una parte importante de ellos está en las colecciones de comerciantes, abogados y médicos de El Tigre. Algunos coleccionistas poseen pinturas en lienzo de gran dimensión. Hace algunos años uno de sus amigos fungió como marchante, aprovechando su condición de marino mercante, vendió con éxito varios lienzos en el extranjero. Aun así, vender sus cuadros no le ha resultado nunca en una holgura de recursos financieros.

Para Pedro Peña su mejor obra está por realizarse. Y tal vez la ocasión de realizarla se encuentre en otro país, más al sur. En alguna comunidad donde el arte sea apreciado y exprese las alegrías de la gente, las aspiraciones de una existencia en armonía con la naturaleza y las acciones de fraternidad que mantienen a los humanos verdaderamente vivos.



Mural 3- detalle 3 por Pedro Peña - Foto Alfredo Silva

El republicano de Castillito

José Carlos Blanco



Cuando empezaba a formarse la ciudad, Castillito era un sitio muy entretenido; por lo menos así lo recuerdo como el niño que lo visitó en aquel tiempo: la calle principal, que unía el embarcadero de las chalanas con el centro de la ciudad, estaba en permanente movimiento por los carros que iban o venían de San Félix o los peatones que recorrían los comercios o lugares de entretenimiento. Y muchas cosas más, porque además de los numerosos perros callejeros, a veces aparecía un burro de carga, un cochino o gallinas picatierra que escapaban de los patios.

En las aceras se podía encontrar a quienes ejercían oficios de todo tipo: barberos, chicheros, heladeros, vendedores de pinchos de carne y muchos otros que desaparecen en mis recuerdos. Allí destacaba el kiosco de periódicos, donde también vendían cuentos, novelas, barajitas para álbumes, cigarros o dulces. Entre los cuentos más leídos estaban *Las aventuras de Chanoc*; de las novelas (que me mandaba a comprar) estaban las de Bárbara, Cartland o Marcial Lafuente Estefanía, porque el romance o las historias de vaqueros eran lo que entretenía. El encargado era un viejo, muy conversador y “resabiao”, que no perdía la oportunidad de comentar algo sobre lo que le estaban comprando:

—Ese periódico es el más adeco del país.

—El tipo que escribe esa novela debe ser mujer u homosexual, porque para él todos los pistoleros son bellos.

—iDeje esa revista, que eso no es para carajito!

Entre los negocios “establecidos” estaba el almacén de un libanés llamado “El Turco”, que estaba todo el día sentado en la puerta, observando detenidamente a los que pasaban por el frente de su local y comentando todo lo que acontecía en la vía, o lo que él creía que acontecía.

—La patrulla pasó temprano para abajo, ¿qué estará pasando por allí? Seguro que algún borracho le dio un golpe a una mujer.

—Hoy no veo muchas mujeres; creo que la compañía no ha pagado el bono.

—iVean al catire! Cuando le toca pagar, ni voltea y sigue de largo; deja quieto que venga a pedir otro fiao.

Y también estaban los lugares prohibidos para los niños, como eran los bares o sitios de placeres, donde sólo los mayores sabían qué era lo que pasaba allí adentro, porque ni los muchachos ni las señoras podían entrar. Además, casi siempre funcionaban por las noches, cuando la calle comenzaba a quedarse sola y Castillito parecía la boca del lobo. Pero para mí era muy divertido, aunque para mi madre era simplemente un barrio.

Allí fuimos a vivir unos días, mi padre, mi madre y yo, a casa de un amigo de apellido Padrón (lo llamaban por su apellido más que por su nombre), que gentilmente nos albergó mientras nos mudábamos a una casa que estábamos alquilando. La casita de nuestro anfitrión era de estilo rural: muy sencillita, sin cuadros que la decoraran ni fotos de familia, pero bien arregladita, pintada de azul y blanco. Tenía una salita comedor a la entrada, una cocina, dos habitaciones y un baño hacia el patio, que tenía un limonero en el centro y una quebrada que pasaba por el fondo.

JOSÉ CARLOS BLANCO

Abogado, especialista tanto en Derecho Mercantil, como en Derecho Procesal, graduado tanto en pregrado como en postgrado en la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB).
 Director fundador de la Escuela de Derecho de la Universidad Católica extensión Guayana. (1998-2009),
 Director de Estudios de Postgrado en Ucab Guayana (2009 -2016)
 Profesor de pregrado en Introducción al Derecho, Filosofía del Derecho, Deontología Jurídica, Derecho Procesal Civil, Estudio del Hombre, y Ética profesional en diferentes carreras.

El señor Padrón era una persona culta que llamaba la atención por su buen vestir, sobre todo en aquel ambiente. Mi padre decía que era un catedrático español: un republicano que venía huyendo de la guerra civil. Lo recuerdo como una persona de mediana edad, tal vez un poco mayor que mi padre, simpático y educado. Nunca lo vi de mal humor o en mangas de camisa dentro de la casa. Trabajaba en la empresa de los americanos; creo que en el departamento de contabilidad, porque aparentemente sabía mucho de números. Se levantaba temprano y, después de bañarse y vestirse, tomaba un café y se iba a trabajar, impregnado de una colonia que dejaba perfumada toda la casa; creo que se llamaba Jean Marie Farina.

Por las tardes, al regresar del trabajo, se aparecía con algún dulce para compartir un café y conversar, cosa que disfrutaba porque sabía de todo. En la salita había una pequeña biblioteca con varios libros, que siempre me llamaron la atención, entre los que recuerdo uno negro, con letras blancas, que se titulaba *Un millón de muertos*. Allí me daba consejos sobre la lectura:

—Acostúmbrate a leer; es lo más importante.

—Pero no empieces leyendo cosas que no te van a gustar.

—Estos libros por ahora no son para ti. Mejor lee estas revistas.

Y me enseñaba aquellas *Selecciones del Reader's Digest*, donde aparecían las Citas citables o La risa, remedio infalible o un artículo sobre la vida de Pelé, que leí varias veces; se titulaba "El rey de los goleadores".

Después de cenar, se quedaba hablando un rato con mi papá, compartiendo un café con un toque de brandy Capa Negra. Después de acostarnos, todavía se quedaba un rato leyendo y escribiendo a mano, con letra impecable, en hojas de papel blanco, que después guardaba en unas carpetas. Nunca supe qué escribía. Creo que eran cartas, aunque nunca habló de familiares ni de amigos.

Pasamos unos días muy entretenidos en Castillito. Inclusive, un domingo fuimos de paseo a San Félix, y cuando pasábamos la chalana

nos asustamos bastante porque parecía que el motor no tenía fuerza y la corriente se la llevaba. Nuestro anfitrión, que ya había vivido esa experiencia, nos tranquilizó explicando cómo se hacían las maniobras para que esa rudimentaria embarcación cruzara el río. Después del susto, la pasamos muy bien, paseando por la orilla del Orinoco y visitando a unos amigos que vivían cerca de la plaza Bolívar, que nos invitaron a comer una paella en un bar restaurante de cocina española.

Después de que nos mudamos, no volvimos a ver al señor Padrón. Cuando salíamos a pasear de noche, bajábamos por Castillito y pasábamos frente a su casa; siempre veíamos las luces encendidas a través de las ventanas. Seguramente estaba leyendo o escribiendo, como era su costumbre.

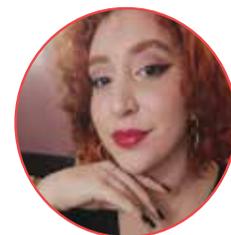
Con el correr de los años, la ley de la vida hizo que los viejos se fueran despidiendo. Un día visité la biblioteca de mi padre; cuando revisaba los libros más viejos, dentro de una vieja edición de *Las uvas de la ira* de Steinbeck, encontré una carta sin fecha ni firma que decía lo siguiente:

"Amigo, me estoy muriendo. Tengo varios meses en el hospital y sé que de aquí salgo para el cementerio. Te pido un gran favor. Adjunto encontrarás un cheque a tu nombre. Con ese dinero quiero que pagues los gastos de mi entierro y lo que te sobre, se lo entregues a la señora Luisa que me ha cuidado todos estos meses. No quiero coronas ni lápidas donde aparezca mi nombre; que mi tumba la cubra la hierba, para que nadie sepa quién está allí. Quiero desaparecer definitivamente de este mundo. Salúdame a tu esposa y dale un abrazo al niño".

La letra era inconfundible. Guardé la carta dentro del libro y lo dejé donde estaba. Cada vez que paso enfrente del cementerio me acuerdo de que en algún lugar está el republicano de Castillito. Y que muy a su pesar, como repite la sabiduría popular: "Los hombres no desaparecen definitivamente de este mundo, hasta que mueren todas las personas que los recuerdan".

Rechazo a lo femenino y los gustos de chicas

Deyreg Ruz Romero



Hace poco, como buena mujer veinteañera que busca mantenerse al tanto de las tendencias para no morir en el algoritmo de las redes sociales, me encontraba en Threads leyendo los «chismes literarios» del día entre los escritores y lectores. Allí me topé con algo que llamó particularmente mi atención: un artículo que se refería al romantasy (obras románticas en mundos de fantasía) como un género de «sexo y dragones» donde «el spicy es la vara de medir». Por su puesto, la indignación entre los usuarios fue inmediata, y con razón. Y es que no hace falta demasiado para unir los puntos y darse cuenta de cómo los hombres hablan sobre unos de los géneros más exitosos entre el público femenino.

Las mujeres constantemente estamos enfrentando críticas y cuestionamientos hacia nuestros gustos, y esto no es nuevo: ocurrió en los sesenta con la Beatlemania, ocurría en el 2012 con Justin Bieber y One Direction, ocurrió en 2023 con Barbie, y sigue ocurriendo ahora con Taylor Swift, Wattpad y los libros de «sexo y dragones». El mensaje es claro: «odiamos lo que las chicas aman».

Hace unos años, esta situación inició un nuevo movimiento que buscaba contrarrestar la humillación por disfrutar de «cosas de chicas». Así, a finales de los 2000 e inicio de los 2010, surgen en la ficción personajes femeninos que se salen de la norma, que son diferentes al resto, que «no son como las otras chicas», y esto, a su vez, se extrapola a la comunidad de chicas fans que querían ser diferentes porque temían ser asociadas con aquello que les gustaba a las otras chicas. Por supuesto, querer diferenciarse del resto puede partir de una necesidad de identidad o demostrar que cada mujer es diferente y no somos un estereotipo. Sin embargo, el asunto se vuelve más complejo cuando entendemos que este rechazo a las «cosas de chicas» deriva del pensamiento misógino de que las mujeres (y, sobre todo, las adolescentes) son personas de intelecto inferior, incapaces de comprender (o de crear) «arte de verdad», y que solo podemos disfrutar de lo simple y superficial.

A su vez, nos enfrentamos a un doble estándar para medir lo que se considera «buen gusto» y «mal gusto», lo que es «normal» y lo que es «obsesión». Un grupo de hombres parados en la puerta de una licorería para ver un partido de fútbol se considera normal, mientras que un grupo de mujeres llorando en un concierto de Taylor Swift es considerado inmaduro y exagerado. Hablar por meses de Avengers: End Game era considerado cool, pero ir vestidas de rosa

DEYREG RUZ ROMERO

(Ciudad Guayana, Bolívar, 1998).
Profesora de Lengua y Literatura de la Universidad Nacional Experimental de Guayana (2023-actualidad). Escritora, correctora de estilo y tallerista de Escritura Creativa (2019-actualidad). Desde el 2023 dirige «El jardín de las musas», un club que busca dar voz y apoyo a mujeres escritoras, así como reflexionar sobre el papel de la mujer en el sector editorial actual y los prejuicios basados en género hacia historias escritas, leídas y/o protagonizadas por mujeres.

a ver *Barbie* era ridículo. *Canción de hielo y fuego* (Juego de tronos) es considerado alta fantasía y respetado, pero *Una corte de rosas y espinas* es «porno de hada».

Desde luego, este no es un artículo para discutir la calidad de las obras. De hecho, soy la primera en criticar a la obra de Sarah J. Mass por ejecutar mal muchas cosas (incluyendo las escenas sexuales), pero eso no es incompatible con la conciencia de que se critica y juzga de manera diferente las obras cuando son creadas por hombres y/o para hombres. Porque el problema no está en cuestionar y consumir obras de manera crítica, sino en que, en lugar de analizar obras particulares, han tratado de retratar el romantasy (al igual que otros géneros que incluyen romance o con público mayoritariamente femenino) como un género inferior, como algo que no es «buena literatura», porque leer de verdad es leer a Cervantes, a García Márquez, a Poe, a Gallegos... ya sabes, esos que salen de los libros de Castellano que te mandaban en la escuela (todos hombres, por cierto).

Este es un tema que despierta, por supuesto, un rechazo enorme por parte de los hombres, especialmente mayores y cis-hetero (porque sí, aquello que es apreciado por los hombres que forman parte de la comunidad LGBTQ+ cae en el mismo saco porque, para la sociedad, ser gay es igual o peor que ser mujer). Muchos podrían estar pensando «eso es un problema que se inventó tu generación», y ya que esta columna se llama «Diario de una escritora gen z», puedo entenderlo. Por eso he decidido apoyarme de las palabras de Isabel Allende, un ícono de la literatura latinoamericana desde hace más de treinta años, para mostrar (en parte) que este no es un problema actual.

En el podcast «Estirando el chicle» (2025), Allende explica que, al escribir *La casa de los espíritus*, ninguna editorial en Latinoamérica quiso leer la novela y darle la oportunidad de publicarla. Cuando se lo mandó a Carmen Balcells, en Barcelona, España, esta le dijo que, por ser mujer, tendría que esforzarse el doble que cualquier hombre para conseguir la mitad de reconocimiento. Luego de contar esto, la autora afirma que esas palabras

fueron «proféticas», refiriéndose al hecho de que, en efecto, así se ha sentido en su carrera. También comenta cómo la literatura catalogada como «literatura femenina» ya es considerada inferior, aunado al hecho de tratarla como un género aparte, diferente... como si no mereciera estar con el resto de la literatura.

El mundo se ha encargado de decirle a las mujeres, una y otra vez, que lo que escuchan, leen, escriben, pintan y crean es de menor valor, disfrazando la misoginia con supuesta crítica literaria y buen gusto. Y aunque puede que una mujer adulta decida hacer oídos sordos a estas ideas, las adolescentes (como lo fui yo cuando cantaba canciones de One Direction, o las chicas de los sesenta yendo a los conciertos de The Beatles, o las actuales leyendo romantasy y escuchando BTS) siguen creciendo rodeadas de un discurso donde se las considera personas sin gusto, sin criterio, sin talento. Y así es como una posible artista termina escondiendo sus obras bajo un manto de vergüenza, sintiéndose impostora en un mundo donde no parece tener cabida.



Una manera especial de hacer ciudad (parte II)

María Nuria De Cesaris



En esta segunda parte, sigo mi homenaje a los otros "coautores" de ciudad. Recuerdo a los lectores que la lista que inicié en el escrito anterior, organizada por tipos y para nada exhaustiva, está guiada por mis vivencias como habitante de Ciudad Guayana y teñida de la nostalgia que me acecha siempre por la que es mi ciudad adoptiva.

Los restauradores (parte 2):

Releyendo la parte I, vinieron a mi mente otros nombres que quiero añadir a esta lista: Gabriella Mazzerioli de *El Churrasco*, que ha dado continuidad al legado familiar con una energía y alegría que contagian; Lolita Guzmán y *Antojitos*, su puesto de rica comida mexicana (en la Av. Las Américas, enfrente de Isidoro Celma Mir); El Sr. Quaranta, propietario de *La Romanina* y el equipo de cocineros y mesoneros que te consentían; Los hermanos Sanz de *La Posada de Chiquito* y *Chiquito´s Pastelería*, ambos lugares fueron escenario de gratos encuentros y debates; El señor de los roti en el Centro Cívico y el de los perros calientes en el puesto *El Rayo*, ambos en el centro de Puerto Ordaz.

Dejo hasta aquí la lista de los restauradores cuyos platos y sabores forman parte de mis memorias de la ciudad.

Los constructores:

Franco Biocchi y su empresa *Dell'Acqua*. Tengo un recuerdo nítido de un encuentro casual con don Franco en *Chiquito´s* cuando andaba de precandidata a la Alcaldía... muy amable, me brindó un café y me dijo que tenía buenas referencias sobre mí.

Los hermanos Morgado, Aníbal y Manuel y su grupo de empresas, con quienes colaboré en algún momento para evaluar algunos proyectos y para apoyarles en la ejecución de su programa de responsabilidad social.

Raimondo Del Grande y su *Constructora Orinoco*, a quien me unió un afecto especial, pues mi papá le delegó mi cuidado cuando llegué a Ciudad Guayana. Su *Constructora Orinoco* fue la encargada de kilómetros de tuberías que corren debajo de nuestras calles.

María Nuria De Cesaris

@marianuriadecesaris
Urbanista.

ESPECIALIDAD:
Planificación y gestión urbana
Urbanista con una Maestría en Administración Pública, con amplia experiencia en planificación urbana, participación ciudadana, comunicación comunitaria, diseño y gestión de espacios públicos, y reordenamiento de asentamientos informales, con visión de género. Coordinadora general de la Asociación Civil Planurbe, en Ciudad Guayana, que se dedica a la planificación y gestión urbana. Consultora en planificación urbana y en diseño y gestión de espacios públicos con participación comunitaria.

Efraín Carrera no es un constructor en el sentido estricto de la palabra, pero para mí, las imponentes centrales hidroeléctricas que pululan (literalmente) en la ciudad y sus alrededores tienen su impronta.

Los comunitarios:

Me vienen a la mente muchos nombres de líderes comunitarios de muchos sectores con quienes, a pesar de algunas tensiones, tuve el gusto de "co-hacer" ciudad en distintos momentos de mi ejercicio profesional en Ciudad Guayana... Álvaro Banqués de Castillito, Mireya Arias del Consejo Comunal de Campo A1 y el proyecto del parque Arichuna, Gabriel Picón de Villa Africana y el parque Los Araguaneys, Mariela Longoni de Altavista (hoy exiliada en Italia), Blasina Cordero, Virginia Reina, Petra Rodríguez y Gisela Lozano en su defensa de los habitantes afectados por el Cañón del Diablo, Oscar Tillerio y las ciclovías, Mariela Mendoza y *Buscadores de Libros*.

Los cultores (artistas y gestores):

En esta categoría quise incluir a todos aquellos que a través de su arte nos han deleitado y deleitan con sus pinturas, esculturas, música y cantos, fotografías, danzas, escenificaciones y escritos, haciendo de nuestra ciudad un mejor sitio para vivir:

Los gestores de espacios culturales: La Nena Acosta, Anna María Cian, Nelson Galvis...

Los del movimiento coral: Irma Conchita Iorio, María Cecilia Angarita, Ibelitze Hernández, Ricardo Donado y otros cuyos nombres se me escapan que conforman "La ciudad coral".

Los escritores como Francisco Arévalo que te hace recorrer nuestro San Félix con sus novelas y Abraham Salloum Bitar y sus poemas.

La pintura con tema ciudad: mujeres de especial sensibilidad como Natalya Critchley, María Eugenia Catoni y Ana Rosa Angarita, quienes nos invitaron e invitan con sus obras a ver la ciudad con otros ojos.

Los fotógrafos: Guillermo Mora, Evelio Lucero y William Urdaneta, quienes anduvieron y andan por la ciudad fotografiando de todo; Lionel

Arteaga y Federico Isasi, quienes nos plasmaron los rostros de otros hacedores de ciudad; Luis Lares y sus Hombres de Carbón.

Los músicos del Sistema cuyos nombres no recuerdo...

La Fundación La Barraca con más de 50 años de historia.

Milagros Figueroa, recientemente fallecida, y su empeño exitoso en preservar el uso público de un terreno y crear la Casa de la Cultura de Los Olivos, un espacio abierto al encuentro y la creatividad.

Yesmín Salcedo y su Guayanita con conciencia ambiental.

¡Y pare usted de contar!

Esto de reseñar a los co-autores de la ciudad se me ha puesto difícil. Releo mi reseña y en mi mente se me amontonan otros nombres e identifico otros aspectos de la ciudad que todavía no he incluido (como, por ejemplo, los que prestan servicios en el área de la salud y sanan sólo con su sonrisa y atención, o los que trabajan en la limpieza de nuestra ciudad en el mantenimiento de las áreas verdes, o los que detrás de mostradores nos muestran sus productos...).

Siento que no hay manera de hacer justicia y agradecerles a todas y a todos lo que han hecho y siguen haciendo por Ciudad Guayana. Por ello, me permito proponerles un juego: revisen en la historia de sus comunidades y en su vivencia de la ciudad y hagan su lista; eso sí, recuerden incluirse en ella.



Ilustración: Luis Ángel Alcalá

Vestida de monstruo

María Eugenia Catoni



Nadie podía imaginar que dentro de ese traje que usaba habitaba un monstruo.

No nació de mi verdadero yo todo eso, nada era auténtico y así que con premeditada alevosía me cree una nueva y falsa identidad.

No me daba por enterada y un día quise conocerme de verdad, sin saber por dónde comenzar... Mi construcción era grande y difícil de derrumbar. Tenía dos opciones: o lo hacía poco a poco o dejaba que algo, o alguien, de un solo golpe lo hiciera; eso pensaba... Y ese alguien era yo.

Dudas e incomodidades aceleran la caída. Las señales llegan:

La luna desmoronada,
un caballo blanco galopa durante el sueño,
la perra negra me persigue en mis caminatas.
Un vacío ocupa mi conciencia y no lo puedo llenar.
¿Vacío existencial...?

Desorientada, a manotazos, golpes y caídas comienzo a quitarme capas y capas de encima. La carga pesa. Desde que nací lo estoy intentando, mejor dicho, hay algo que traje desde antes de nacer, y es la certeza de que yo no pertenezco...

En esta vida el poder siembra el empeño de que uno debe pertenecer, nos acosa apenas asomamos la cabeza al mundo, quien se revela apabullante y acaba con la pureza que se supone traemos al nacer...

Un llanto avisa, llega la primera cachetada. Muchas no salimos de ella y desde ese primer instante somos rechazadas por un grito escandaloso:

— ¡No era “eso” lo que quería, yo quería un niño!

Cuatro mujeres, seguidas, una tras otra, nacieron con esa protesta, como si la culpa de ser mujer es de la mujer que las trajo al mundo... La queja les persigue en la mañana, noche y a toda hora... Buscan refugio en los brazos de la madre protectora, sin saber que lo mejor es no pertenecer a nada ni a nadie.

Hoy una de ellas le dice a su hija: “Me alegro de que no traerás hijos al mundo y sólo vas a sufrir por un gato”. Error de apreciación, el dolor por la muerte de su gato fue grande...

¿Por qué tanto odio y miedo a la mujer?

María Eugenia Catoni (MaEga)

(Venezuela, 1953). Estudió medicina hasta séptimo semestre. Incursionó en las Artes: Talleres de pintura, narrativa y poesía (1982-2016). Miembro de AVAP, AEHIS, UTOPIA. Ha publicado: Primer mordisco (editorial El Pez soluble, Caracas 2015), sus poemas y trabajo visual plástico en prensa y revistas nacionales e internacionales. Recibió premios en Salones Nacionales de pintura en varios estados de su país. Primer Premio de Poesía: Utopía Centro de Arte (Guárico, Venezuela 2019). Colaboró por selección internacional en la revista AWEN, en su séptimo y noveno número (2019-2020)

Los miedos de la infancia son más sanos, se le puede decir sano a algún miedo, sí que los hay... Miedo a la oscuridad de la noche, a los truenos, a los muertos que salen de habitaciones y corredores, vestidos de blanco, protagonistas de los cuentos de terror de una abuela. Y después se van agrandando con los hechos trágicos, vivencias dramáticas y personales de la familia que habitas. En todas ellas hay bestias... unas más terroríficas que otras... con los miedos de la infancia se aprenden algunas lecciones. Como diría la frase asociada a Nietzsche: "lo que no te mata te hace más fuerte".

Y entonces uno quiere pertenecer, desde que naces, y te ponen el agua bendita en la frente, y ya te están obligando, como si con eso vas a tener aliados para espantar y protegerte de la maldad y del infierno en la Tierra y en el más allá. Ese infierno que te inyectan y al que vas a ir, si te portas mal. Desde niña ya sabes que te acompaña un pecado. Y hay que limpiarlo con sacramentos que no entiendes. La sociedad lo exige, lo estruja en el rostro, la civilización lo impone y te conviertes en una dulce y dócil pertenencia... Debes elegir... creces, y te marcan: O "eres virgen o eres puta", y te mutilas y te arrodillas y rezas y te das golpes de pecho y te dices a ti misma:

— "Por mi culpa por mi gran culpa por mi grandísima culpa", "soy una pecadora"; eso te enseñan, creerte la culpable y eso eres porque no hiciste nada para no serlo. ¿Para eso es la religión? No quiero pertenecer a ninguna religión, no quiero un Dios castigador, ni nada que se le parezca...

Mi dios, en minúscula, es la naturaleza, el río, las nubes, la luna, el sol, los animales, el viento, la mañana, la noche, el día, la lluvia, el canto, la música, el arte, las plantas, una estrella brillando en el cielo, el aire que respiro..., esto que hago, escribir, y me libera, no importa si me estoy creando otra identidad que no es la verdadera..., no va a ser peor que estar vacía... cada uno que descubra su dios... El mío es sencillo, no acepto uno complicado, justiciero y lleno de secretos que anule el poder de la mujer.

Mi dios sería yo misma... y mis ganas de ser mujer, con mis debilidades, defectos, habilidades y grandezas, sin reprimir mis impulsos, inteligente como lo hizo un día alguna mujer en el tiempo y fuera de su tiempo, como

Sor Juana I, quien a pesar de la época resolvió ser... y otras tantas que con sabiduría dejaron su impronta en el mundo.

No importa que los años te castiguen, es otra falacia, nos enseñaron a tenerle miedo a los años, así sea al final de tu existencia en el armazón que te sostiene. Hay tiempo para ser lo que desees si así te lo propones... Una huella siempre queda, una señal para alguien más allá de un siglo o más, lo que sea...

O tal vez todo sucede para despertar de un largo sueño y somos parte de algo grandioso que florecerá dentro de mil años.

Hoy más que nunca creo que de donde venimos, allá lejos, antes de llegar al vientre de una madre, no le pertenecemos a nada ni a nadie, ni nada ni nadie nos pertenece.

Madre, yo quise un día ser tuya y lo dejé, lo solté al viento,
no podías prestarte a nadie,
tu voz se esfumó en el cirro de la mañana
y yo no supe leer las leyes del universo.
Desgastada en luchas inútiles la emoción me esclavizó.

No entiendo por qué existo, no sé quién soy.
¿Cómo entender nuestra existencia?
Mi amor dependía de ti, no era amor...
Yo ya era, nadie me podía completar
Tuve tanto miedo, y no se acaba...,
mi ignorancia me ciega, me hace esclava.
Busco un salvador, quiero un salvador, pero
no entiendo por qué quiero lo que quiero
y me dejo gobernar, no lo puedo controlar,
debo vivir con entendimiento, armonizar
con la naturaleza y con todo lo que me rodea,
para desprenderme...

Pulso de algo eterno
hilo invisible
soledad, abrí mi verdad
el mundo ya es dios y dios soy yo,
ya no quiero explicaciones,
lo malo y bueno es dios,
desde mi silla de hierro azul lo veo,
detrás de la estrella y de la nube perro,
del relámpago que ilumina la tarde,
desde los días que son los mismos cada día.
En la perfección, danza infinita y sencilla,
reloj perfecto de lo sagrado y profano,

nadie diseñó a mi dios,
borré mi lista de pecados...
Lo visible y lo invisible no necesitan adornos,
la naturaleza es suficiente y soy parte de ella,
mi dios sigue en el aire que respiro.

Mis terrores de la infancia se treparon en la
nube del día.
dios es el universo, dios soy yo, y soy un eco
infinito,
El alma del universo, eso soy, un reloj que
nunca se detiene.
Una idea eterna...el polvo del tiempo, eso soy.
Una luz que no se apaga, que...

Miedo a mi muerte, qué es.
Cuando no respire.
Cuando el abismo me trague.
No, yo saldré del abismo como un amanecer,
como una espiga de trigo,
como un rayo de sol.
No le temo al cambio.
Soy un reflejo, soy el eco de algo eterno.

Forma de ser eterno, feliz.
Un faro dentro de mí, un hilo del universo.
Soy una pieza más de ese universo.
Atada al árbol, al perro, al sol, al mal y al bien.

La última puerta se abre.
Y la verdad me atrapa.
Cielo gris.
Huella.
Semilla.

Ahora que mi madre está más cerca de
su última transformación, intermedio entre
esta vida y la otra, me deja varias lecciones.
Cuando la veo tejer con hilos invisibles, ya sé
que ya se fue, y no me duele tanto su ausencia.
Comprendo que era necesario vivir estos días a
manera de despedida y de entendimiento del
porqué de tantas angustias y de tantos miedos,
no voy a negar que aún están allí, y que de vez
en cuando me horrorizo, pero ahora sé cuál es
la causa de tanto miedo, y mi equilibrio regresa
más rápido que antes.

Estoy aprendiendo a aceptar la maldad del
mundo sin tanto escándalo, es como si llevara
adentro una fuente energética que debo

controlar. Tomar las riendas de la capacidad
innata de mis emociones e impulsos, buenos
o malos, las leyes que los rigen, porque ellos
tienen su autonomía...

Recuerdo que siempre hice caso a mi
necesidad interior, ahora sé que así debía
ser, pero lo apliqué muy mal y muchas veces
me frustró el resultado, no era sincera esa
necesidad... En este momento mi aspiración
más profunda es aceptar la realidad que me
afecta, creo que es imposible lograr eso al cien
por ciento. Pero insisto y trato con conciencia de
lograr, aunque sea un veinticinco por ciento...

Durante la pandemia sufrí con mayor
intensidad la arremetida de mis miedos, y
llegué a pensar que no sobreviviría. Ahora
veo que algunos somos más fuertes de lo que
pensamos, confieso que la escritura, uno de mis
dioses, me ayudó, fue mi canal de salvación
en donde alojé los ataques de pánico que me
invadieron... y ahora hago regresiones de los
momentos que, a lo largo de mi vida viví esas
situaciones de terror ciego. Después de cinco
ciclos superados lo entiendo, fui masoquista
del dolor y sentí placer al regodearme en él...
Comencé a soltarlos en mis letras... Nombré a
mis castigadores:

Versos salían de mi herida como vidrio molido
Cambió mi lengua
y las letras de mi nombre chapoteaban en
lágrimas,
eran pronunciadas hasta por el perro de la
casa,
y juntos estábamos sin estar.
Cuando llegó la plaga despertamos,
temblosos,
recovecos de pánico.
Mordía las horas.
Escupí mis versos escondidos entre diente y
lengua,
noticias demoníacas saltaban sobre una
cuerda roja.
El cadáver sin rostro era el mío,
el polvo, de mis huesos, esparcidos en el
sendero,
y los demás,
mi gente, caminando en círculos.

En el fondo de mi garganta
se deposita el extraño sabor de la mañana,

descubrí la marca de tus dientes escondida
entre mis sábanas,
dormía con los ojos abiertos para evitar tu
saliva,
no pude despertar sin mis brazos,
quedaron atados en el aire,
todas mis pesadillas fueron premonitorias.

Mientras combatía mis demonios,
la enfermedad nos vigilaba,
penetró puertas y ventanas,
acompañó a la miseria,
red del diabólico plan.

Me exigen, no sé qué quieren de mí,
soy su pretexto.
Conocen mis herramientas de tortura,
pequeños carnívoros que
nacieron conmigo.
Los desgraciados son muchos...
A cada uno le di un nombre:
Papo, Moro, Duco...
Son feos y se molestan,
dan latigazos a mi serpentina cuerpo,
dos veces al día me azotan,
río para ignorar a los bichos que me acechan.
Con la visita del monstruo, oscurecía más
temprano.

Busqué las formas de controlar el miedo...
Pero ya yo había concluido que mi miedo era
ancestral... y disfruté el dolor que me causaba...

Desdoblada, atenazo mis largas uñas
sujeta al globo,
como una fiera sobre arena caliente,
grito al no poder arrancar la costra,
continúo en mi espera,
a las puertas del orco.

Hablan de miedo
mis tréboles violáceos
duermen abiertos.

Mi corazón abierto,
recoge cada baño de sangre.

Estrujan los recuerdos,
los míos se fueron hace tiempo.

Remuevo trapos y
me cubro con el olor filial,
la música me salva, por ahora,
de la ausencia,
eufórica,
inhalo - exhalo...
¡Hondooo!

Soy un impulso,
carnoso pedazo de niña degollada por su
padre,
sí estoy asustada, el mundo es un dolor agudo
y muere dentro de mí.

Mis miedos duermen conmigo, pero ya
no molestan tanto, ahora los veo de frente
y les reclamo su fastidio. Ya respiro con
una bolsa en la boca cuando me ataca el
pánico, ya no corro a la emergencia para
ser sedada..., corro a escribir cuando se
ponen intensos y describo con detalles sus
amorfos perfiles.

Son mis amigos otros,
mis dioses.
Sigo parada,
esperando que las flores respiren
y el amanecer permanezca
sin convertirse en cenizas.
Acto sagrado,
mi universo se despliega...

Escribir cura mi ser del temor, me ayuda a
trascender en el tiempo y en el espacio, me
hace sentirme yo conmigo, con mi cuerpo y
con mi mente, me transforma y hace renacer
lo mejor de mí. Por ahora estoy atada a mi dios
de la escritura...

Acostada en mi silla de hierro azul pienso en lo
que quiero dejar como legado, después de mirar
más allá de la nube dragón que se convierte
rápidamente en un auto... Un comienzo...

No será el miedo...

La Niña de Sadec

Los siguientes poemas pertenecen a un libro inédito

Julio César Blanco Rossitto



Decían una muchacha es una luz
 y muerta digo que una muchacha es un recuerdo
 Escuchaban el ruido
 de las máquinas hilanderas
 a orillas del Roanoke River en Virginia
 Acostumbraban ver las manos arrugadas
 de las mujeres que lían tabaco
 en las antiguas fábricas de La Habana
 De esos tiempos no doy testimonio
 No sé si a orillas del Zambeze
 hay mariposas amarillas o cigarrones elípticos
 trazando ruido
 Me tocó vivir
 en plena estación de zábila y linterna
 mi boca sólo bebió
 el zumo amargo de las frutas
 que goteaban de los árboles
 En algún instante impreciso
 del espacio inusitado
 una hermana alzaré en su taza de té
 la soledad que nos conmueve
 No puedo garantizar que hoy llueva en Buenos Aires
 De tanto apuro se me quemó el dolor
 Mañana sabrán por qué los peces mueren fuera del agua
 Una muchacha muerta es un parpadeo.

3

Un antepasado suyo había participado
 con Hernán Cortés en la conquista de México
 le llamaban el florentino
 sin embargo tal vez era de Sicilia
 lo que explicaría su proceder maligno:
 se cuenta entre quienes martirizaron a Cuauhtemoc
 Digno de una raza vehemente
 golpeaba su cabeza contra las piedras
 ante los caprichos de la adversidad
 Pudo morir en un oscuro callejón de Venecia
 mas no lo permitió el azar
 Deambuló los lupanares del caribe:
 Panamá Cartagena y Cumaná
 le vieron regar su sombra con sangre del adversario

José Blanco Rosito

Ciudad Bolívar, 1961):

Profesional en el área de la Ingeniería eléctrica, con 39 años de servicio en el sector eléctrico nacional. Docente universitario en áreas de posgrado en ciencias sociales, con amplia experiencia y formación académica en gerencia e investigación con publicaciones en revistas científicas arbitradas e indizadas. Escritor, poeta, cuentista y ensayista con amplia obra publicada y reconocimientos literarios. Experiencia en la edición y publicación de revistas científicas y literarias en calidad de árbitro, corrección y estilo. Miembro del consejo de redacción de la revista literaria *Multiempo* (2000-2004) y del consejo editor de la revista científica *In Situ de la Universidad Nacional Experimental del Yaracuy (UNEY)*, desde 2018. Algunos de sus libros publicados son: *Postales de Angostura* (poemas, AlfaGuaro Ediciones, eBooks, 2024), *Los Italianos* (poemas, AlfaGuaro Ediciones, eBooks, 2022), *De nosotros una orilla* (poemas, AlfaGuaro Ediciones, eBooks, 2021), *A Manus Crito* (poemas, AlfaGuaro Ediciones, eBooks, 2020), *Doblar el hierro* (poemas, Fondo Editorial del Caribe, Anzoátegui, Venezuela, 2011), *Una Gota de sangre sobre las sábanas* (relatos, Multiempo Editores, Caracas, 2009), *Fábula del Pez y la Colmena* (poemas, Multiempo Editores, Barquisimeto, 2004), *Enseres* (poemas, Grupo Editorial Eclipsidra, Caracas, 2000), *El sol como por dentro* (poemas, 1982), entre otros. Ha merecido varios reconocimientos, como el Premio Nacional de Poesía Freddy Hernández Álvarez (2011) y recibió una mención honorífica en la V Bienal de Poesía Abraham Salloum Bitar (2022, Venezuela) con el poemario *La Osamenta del Relámpago*.

El tiempo nunca mitigó sus dolores
tampoco opacó la nobleza del impío
Hoy su tumba refugia
plácidas mariposas veraniegas.

5

Sus huellas aún tiñen
mapas de adversidad
en la línea meridional de continentes indefensos
De un barco a otro
tejió la maligna brisa de olvidadas playas
en la llaga de meretrices infestas
Hoy habita en asmáticos apartamentos de Bogotá
en rústicas callejuelas cercanas al puerto
de la Ciudad Vieja en Montevideo
o en las estribaciones del río Guaire
que discurre apestoso a la margen de una ciudad
que se llamó Santiago de León de Caracas
Su porte es de hombre abstruso
abusado por el vicio de vivir
en tiempo de iniquidades solemnes
De sus pulmones y su corbata
brota el éxtasis de un ciudadano inocente
dispuesto a cometer cualquier crimen del progreso.

8

“La historia ya está ahí, inevitable ya,
la de un amor cegador
siempre por venir,
jamás olvidado”

El Amante. Marguerite Duras

—Te amo niña de Sadec
amo tu cuerpo desnudo:
suave alga del Mekong
—No puedes amarme no estoy aquí no soy de aquí
mi soledad fue un barco que cruzó el Mar de la China
el Mar Rojo el océano Índico el Canal de Suez
el Mediterráneo
—Te amo niña de Vinhlong durazno en los senos
carmín en los labios
pececito de tus piernas
Te amo aún contra el tiempo
las calles de Calcuta
los coolíes de Rangún y el Chino de Cholen
—¿Quién dijo que es posible el amor
cuando el tiempo padece olvidos
de espejos infinitos? ¿Tú qué sabes

de náufragos muertos
 de juncos marchitos
 a orillas de los meandros del Mekong (Rivière de Saigón)?
 –Te amo niñita blanca y desnuda Lavaré tu cuerpo
 con agua de arroz Untaré tu cuerpo
 con escarchas de luna
 Besaré tu cuerpo con labios de miel y avena
 –No puedes amarme Ahora no soy Yo
 ni sombra del río ni estela en el agua
 –Niña de Sadeo ¿dónde estás que no te veo?
 –Nunca diré que soy la montaña de Siam
 el polvo del rocío que baña tu cuerpo
 No diré que soy tu deseo.

17

Si un tigre atraviesa en el sueño su rayo arco iris
 y una mariposa queda volando colores
 aún después del vuelo
 Si la primavera enrojece de acacias
 el borde del horizonte
 y un perro te lleva hasta Penélope
 que esperó por ti una eternidad
 Entonces
 para qué la noche
 el dolor o la angustia
 Entonces
 ¡qué importa la muerte!

22

Supo que perder aquella mujer
 era una forma de morir
 Comprendió por qué años atrás
 ella no quiso subir a cubierta
 y ver cómo Buenos Aires rehacía el crepúsculo
 sobre la dársena del río
 En esa ocasión se sintió feliz
 Ahora este filme sobre La Habana
 (que se cae a pedazos como un corazón)
 le recuerda a Cartagena
 donde el amor los cubrió con una lluvia
 que solo ellos podían ver
 Ahora el dolor le cose los huesos
 y no hay ojos en su rostro
 ni ventanas en ningún patio
 La había perdido:
 progresiva celular irremediabilmente
 sin adquirir la conciencia
 que sólo llega en esta noche oscura del cine

donde en la pantalla un joven mira el mar
o no mira nada
No siempre el mar es salitre —piensa—
una forma de despedida donde los barcos son esa mujer
que se aleja
cuando alguna forma de morir se le cruza en los recuerdos.

25

Se le alinderaba el corazón
con los amargos de la boca
La noche no era sueño
y la mujer estaba allí con otros labios
y otra derrota
No había playa o tal vez sí:
un mar lánguido que olvidaba
el rumor de las embarcaciones
para siempre
Se le latía el corazón
en el borde de la madrugada
y el único dolor por ella
le amarecía soledades de monstruo y sal
Había una chica que agitaba sus amores
con ardor
como para acentuar la carencia
que la mujer dejaba
Sabía que estaba soñando
un abrazo imposible un improbable beso
la pretensión de una quimera.

27

Del otro lado del sueño halló su casa:
cisterna de agua con ojos de coleópteros
luz atornillada de conejos desesperados
En la casa había un corazón
que goteaba licores amargos
y un sendero que se abría a la noche
a través de una puerta
Cruzó la puerta
guiado por el olor de las maderas
y la ruta circular de las hormigas
Finalmente llegó a una habitación
donde manaba el misterio de la sombra
la eternidad de la muerte
el silencio de los abandonados
pero ahora no encuentra cómo salir
de la habitación
de la casa
del sueño.

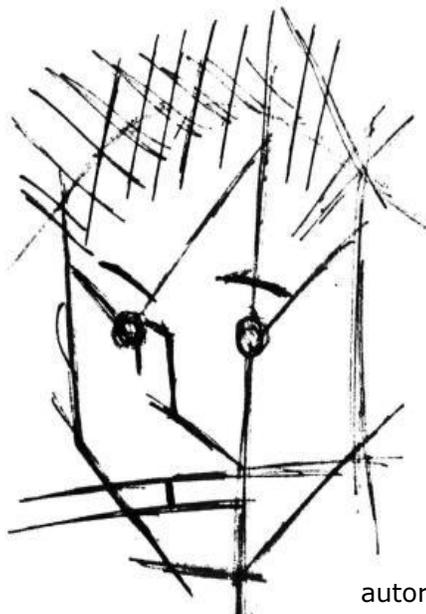
Jamás ver a los pájaros volar

Isaac Adrián Chaurán Carvajal



Nacimiento

Es mil novecientos noventa y nueve, he nacido.
 Mis brazos se extienden sobre la sombra aún febril,
 mis ojos declinan en el olor a sal y en la marea que me
 arropa.
 Nacen junto a mí el tirano amor, las aves y los reflejos del
 cielo.
 Nace, lejos de mis pies, a orillas del olvido: la muerte,
 nace sobre olas sin memoria
 mientras una voz de mujer me inventa:
 me da un rostro, un clavel y un nombre.
 Vivo, mi frente colinda con los ensueños y las nubes.
 Estoy hecho por dos voces que entregaron su sangre
 y por la ausencia de un río en el alma.
 Vivo, abajo mis pies rozan el abismo del tiempo.
 Es diciembre, he nacido y mi alma
 se puebla de inmensas hogueras
 y de un verso blanco.



autorretrato

Isaac Adrián Chaurán Carvajal

Lechería, Anzoátegui (1999). Se graduó de Educación mención Lengua y Literatura en la Universidad Pedagógica Experimental Libertador (Upel-Maturín). Poemas suyos han sido publicados en la web de la Editorial J. Bernavil. En el 2025 recibió mención de honor en el IX Concurso de Poesía "Descubriendo Poetas", cuyo jurado, integrado por Luis Moreno Villamediana, Felipe Ezeiza y Aymara Lorenzo, expresó en el veredicto: "Este manuscrito integra de manera ingeniosa recursos formales como el epígrafe y dibujos a los textos para reforzar tanto imágenes como el diálogo con el lector. Temas como el nacimiento, la memoria, la soledad, el amor, la identidad, la muerte, el dolor, son reflejados en los poemas desde la vida personal del autor. Se observa que hay un trabajo sostenido para llegar a este manuscrito, basado en un uso de las palabras que confiere ritmo a la escritura". Publicamos aquí una selección de ese poemario.
 Instagram: @chaurancarvajal

Jamás ver a los pájaros volar

“Decir madre es decir tierra que me ha parido”.

Miguel Hernández.

Me miré en tu mirar al mirarme

y sobre el eco anduvo tu dolor

donde el corazón tiene la extensión

donde una lanza muere en queja

donde jamás el beso eclipsará

con mi herida, madre:

de setiembre,

de no alcanzarte,

a la luna, madre,

nescio, sed fieri sentio et excrucior.

Madre, vuelvo a ti desde la eterna

como un niño

poque soy la raíz de tu tierra que ha de

Madre, mi vida la forjaste

y óyeme desde la eternidad o desde

“Por favor guárdame en tu mesa una silla

o aguarda mi llegada en el

Ya arropado con tu sueño, de ti nadie

Y desde todos los límites del humano

para morir en tu vientre

diciendo para siempre tu nombre

fragua del llanto

hecho de harina y de sangre

dormir en tu amparo.

con trozos de tu vida

el vacío de la muerte:

junto a mis hermanos

umbral la casa, madre.

va a separarme.

mineral te busqué, madre:

y nacer de nuevo

madre”.

Arte poética

Es palabra que resuena en canto o en dios,
 es heredera de Orfeo y del arpeggio del eco;
 es el reino de la vida, de la muerte y del
 amor: las tres heridas del aedo.

Es en mi pecho adánico fulgor:
 mi canto que sostendré hasta que muera.
 Es en mi mortal materia: la hermosura
 como los cielos ataviados con dicha y pena.



Retrato del Amor visto desde
 mi ventana

Aquí duerme el final (Se despide de sí el poeta)

“Y yo me iré. Y se quedarán los pájaros cantando”.

Juan Ramón Jiménez.

Es el final y el sol a lo lejos se recuesta detrás de la serranía. En estas páginas descansa la lucha de mi canto, de mis años de niñez, de juventud y de febril temor, del bosque de ira que me encierra como brasa o inmensa libertad sin voz.

Este fragmento de mi cuerpo aquí culmina con sus errores y sus alturas de abril, pero mi canto sobrevivirá a la última primavera,

ya para siempre sin el musgo o la espina que me apresa, sin el oscuro lago de muerte de mis manos.



Retrato del poeta

Mi canto volará sin el barro de mi cuerpo que es su condena hacia otra región donde el dolor no clave en mi pecho sus labios: así mi corazón en fulgor vivirá de luz y de libertad

eternamente cantando.

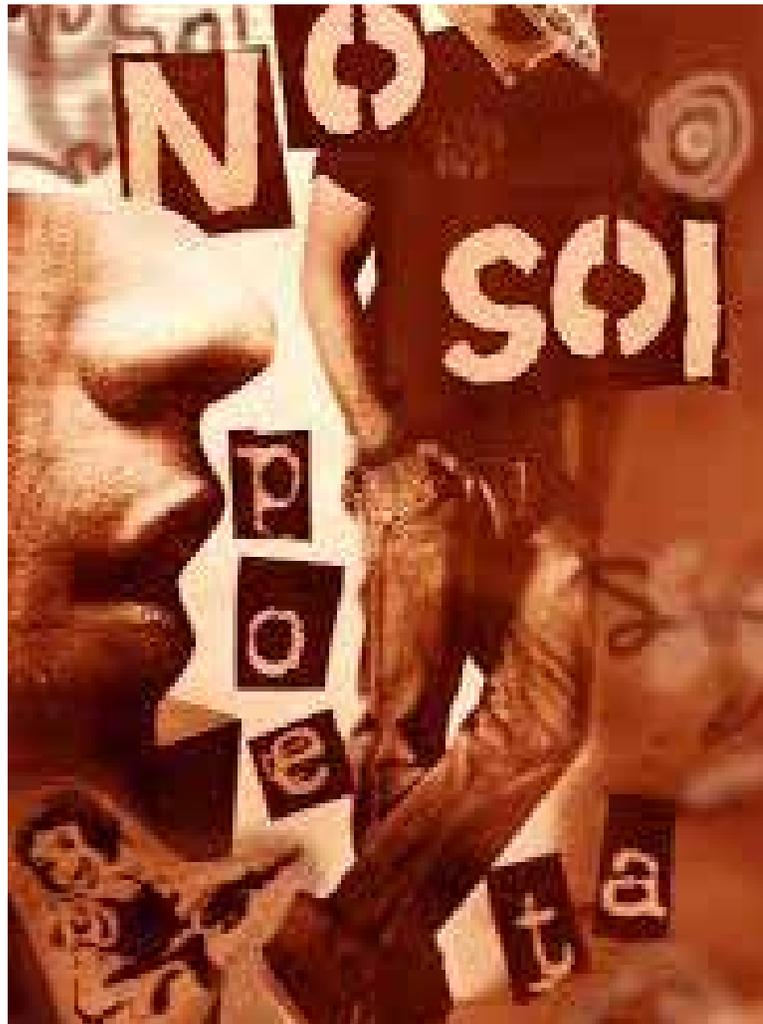
Poemas visuales

Ender Rodríguez



Ender Rodríguez

Nace en San Cristóbal, Venezuela, en 1972. "Creativador", escritor y artista multidisciplinario. Licenciado en Educación Integral (UNA, 2006). Ha publicado, entre otros libros, "Cantos del origen" (2001, CONAC); "Creativo I. Apuntes sobre arte y creatividad" (Bariquía, 2007); "Rabo de Pez. Nuevos idiomas en la creación" (formato e-book, FEUNET, 2014), "Entrecruzamientos" (EAE - Editorial Académica Española, 2015); y "Creativo II. Guía Visual" (Amazon, 2017). Publica además de forma independiente en plataformas como Scribd, Academia.edu, ISSUU y en la página web de la Universidad de Los Andes (Venezuela), SABERULA, sobre temas entre arte, pedagogía y sociedad. Sus obras visuales las ha expuesto en países entre América y Europa, y en Singapur.







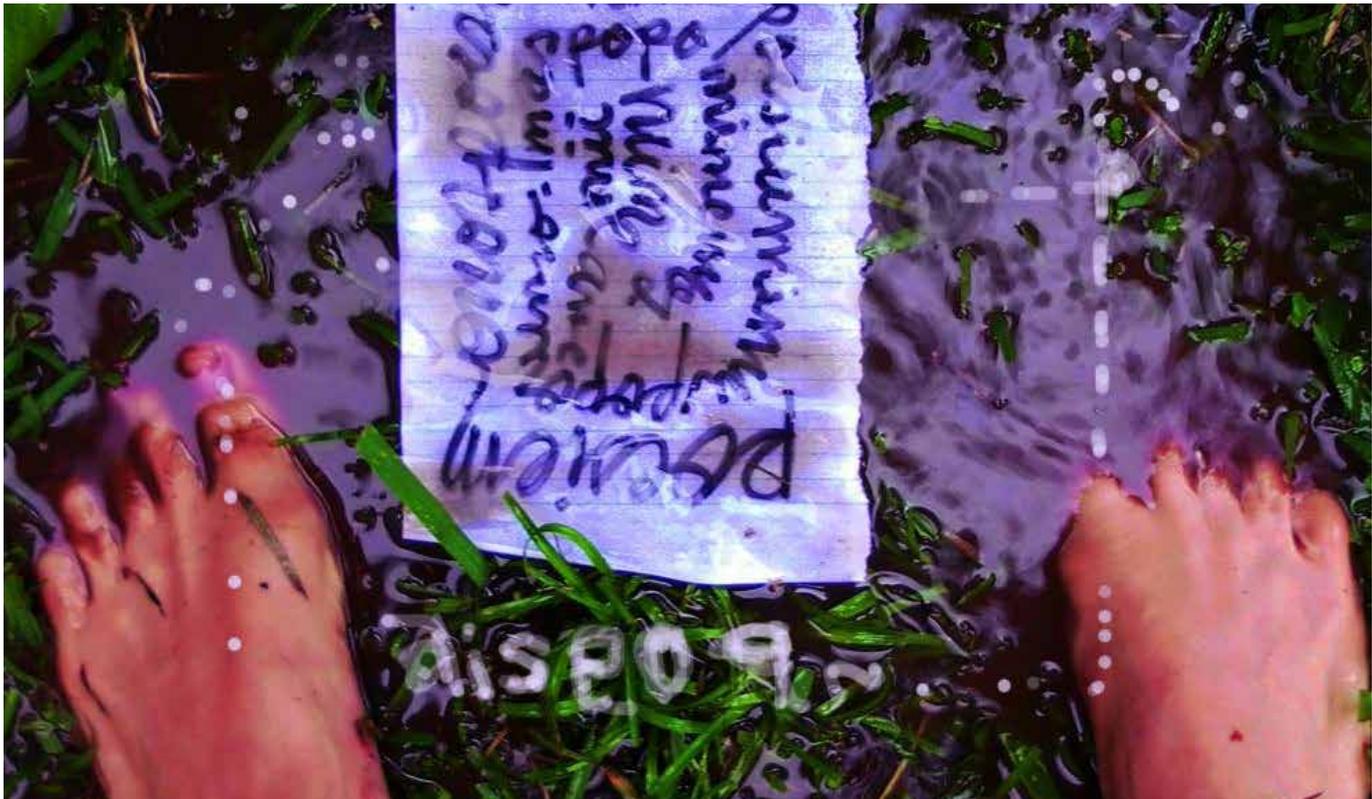








Foto: Yuri Valecillo

Cuatro poemas de Carlos Drummond de Andrade

Traducción: Jesús Montoya



Ilustraciones: Carlos Yusti

Explicação

Meu verso é minha consolação.
Meu verso é minha cachaça. Todo mundo tem sua, cachaça.
Para beber, copo de cristal, canequinha de folha-de-flandres,
folha de taioba, pouco importa: tudo serve.

Para louvar a Deus como para aliviar o peito,
queixar o desprezo da morena, cantar minha vida e trabalhos
é que faço meu verso. E meu verso me agrada.

Meu verso me agrada sempre...
Ele às vezes tem o ar sem-vergonha de quem vai dar uma cambalhota
mas não é para o público, é para mim mesmo essa cambalhota.
Eu bem me entendo.
Não sou alegre. Sou até muito triste.
A culpa é da sombra das bananeiras de meu pais, esta sombra mole, preguiçosa.
Há dias em que ando na rua de olhos baixos
para que ninguém desconfie, ninguém perceba
que passei a noite inteira chorando.
Estou no cinema vendo fita de Hoot Gibson,
de repente ouço a voz de uma viola...
saio desanimado.
Ah, ser filho de fazendeiro!
A beira do São Francisco, do Paraíba ou de qualquer córrego vagabundo,
é sempre a mesma sen-si-bi-li-da-de.
E a gente viajando na pátria sente saudades da pátria.
Aquela casa de nove andares comerciais
é muito interessante.
A casa colonial da fazenda também era...
No elevador penso na roça,
na roça penso no elevador.

Quem me fez assim foi minha gente e minha terra
e eu gosto bem de ter nascido com essa tara.
Para mim, de todas as burrices a maior é suspirar pela Europa.
A Europa é uma cidade muito velha onde só fazem caso de dinheiro
e tem umas atrizes de pernas adjetivas que passam a perna na gente.
O francês, o italiano, o judeu falam uma língua de farrapos.

Jesús Montoya

Jesús Montoya (Tovar, Mérida, 1993). Es poeta, investigador y traductor. Actualmente cursa el Doctorado en Estudios Literarios en la Universidad Federal de São Carlos (UFSCar). Ha publicado diversos libros de poesía. Es profesor de español. Reside en Brasil desde 2018.

Aqui ao menos a gente sabe que tudo é uma canalha só,
lê o seu jornal, mete a língua no governo,
queixa-se da vida (a vida está tão cara)
e no fim dá certo.

Se meu verso não deu certo, foi seu ouvido que entortou.
Eu não disse ao senhor que não sou senão poeta?

De *Alguma poesia* (1930)

Explicación

Mi verso es mi consolación.
Mi verso es mi miche. Todo el mundo tiene su miche.
Para beber, vaso de vidrio, pocillo,
peltre entre hinojo, poco importa: todo sirve.

Para alabar a Dios como para aliviar el pecho,
aquejarse del desprecio de la morena, cantar mi vida y trabajos
es que hago mi verso. Y mi verso me agrada.

Mi verso me agrada siempre...
Y a veces mi verso tiene un aire de sinvergüenza, de quien dará una voltereta,
pero no para el público, sino para mí mismo.
Me comprendo bien.
No soy alegre, diría que soy bastante triste.
La culpa es de la sombra de las bananeras de mi país, esta sombra blanda, perezosa.
Hay días en que ando por la calle con los ojos bajos
para que nadie desconfie, para que nadie note
que pasé la noche entera llorando.
Estoy en el cine viendo fijamente a Hoot Gibson,
de repente oigo la voz de un violín...
y salgo desanimado.
¡Ah, ser hijo de hacendado!
A la orilla del São Francisco, del Paraíba o de cualquier arroyo vagabundo,
es siempre la misma sen-sí-bi-li-dad.
Y viajando en la patria extrañamos a la patria.
Aquella casa de nueve pisos comerciales
es muy interesante.
La casa colonial de la hacienda también lo era...
En el ascensor pienso en el terruño,
en el terruño pienso en el ascensor.

Quien me hizo así fue mi tierra, mi gente.
Me gusta haber nacido con esta obsesión.
Para mí, de todas las burradas la mayor es suspirar por Europa.
Europa es una ciudad muy vieja donde solo le hacen caso al dinero

y donde hay unas actrices de piernas adjetivas que nos aplastan.
 El francés, el italiano y el judío hablan una lengua de harapos.
 Aquí al menos la gente sabe que todo es una canallada apenas;
 leen su periódico, meten la lengua en el gobierno,
 se quejan de la vida (¡la vida está tan cara!)
 y al final todo sale bien.

Si mi verso no salió bien, fue su oído que lo torció.
 ¿No le dije, señor, que no soy poeta?

De *Alguma poesia* (1930)

Nova canção do exílio

Um sabiá
 na palmeira, longe.
 Estas aves cantam
 um outro canto.

O céu cintila
 sobre flores úmidas.
 Vozes na mata,
 e o maior amor.

Só, na noite,
 seria feliz:
 um sabiá,
 na palmeira, longe.

Onde é tudo belo
 e fantástico,
 só, na noite,
 seria feliz.
 (Um sabiá,
 na palmeira, longe.)

Ainda um grito de vida e
 voltar
 para onde é tudo belo
 e fantástico:
 a palmeira, o sabiá,
 o longe.

De *A Rosa do Povo* (1945)



Nueva canción del exilio

¿Un turpial
en la palmera, a lo lejos?
Estas aves cantan
otro canto.
El cielo centellea,
sobre flores húmedas,
voces en el bosque
y el mayor amor.

Solo, en la noche,
sería feliz:
un turpial
en la palmera, a lo lejos.

Donde todo es bello
y fantástico;
solo, en la noche,
sería feliz.
(Un turpial
en la palmera, a lo lejos).

Todavía un grito de vida y
volver
adonde todo es bello
y fantástico:
la palmera, el turpial,
a lo lejos.

De *A Rosa do Povo* (1945)



Procura da poesia

Não faças versos sobre acontecimentos.
Não há criação nem morte perante a poesia.
Diante dela, a vida é um sol estático,
não aquece nem ilumina.
As afinidades, os aniversários, os incidentes pessoais não contam.
Não faças poesia com o corpo,
esse excelente, completo e confortável corpo, tão infenso à efusão lírica.

Tua gota de bile, tua careta de gozo ou dor no escuro
são indiferentes.
Não me reveles teus sentimentos,
que se prevalecem de equívoco e tentam a longa viagem.
O que pensas e sentes, isso ainda não é poesia.

Não cantes tua cidade, deixa-a em paz.
O canto não é o movimento das máquinas nem o segredo das casas.
Não é música ouvida de passagem, rumor do mar nas ruas junto à linha de espuma.

O canto não é a natureza
nem os homens em sociedade.
Para ele, chuva e noite, fadiga e esperança nada significam.
A poesia (não tires poesia das coisas)
elide sujeito e objeto.

Não dramatizes, não invoques,
não indagues. Não percas tempo em mentir.
Não te aborreças.
Teu iate de marfim, teu sapato de diamante,
vossas mazurcas e abusões, vossos esqueletos de família
desaparecem na curva do tempo, é algo imprestável.

Não recomponhas
tua sepultada e merencória infância.
Não osciles entre o espelho e a
memória em dissipação.
Que se dissipou, não era poesia.
Que se partiu, cristal não era.

Penetra surdamente no reino das palavras.
Lá estão os poemas que esperam ser escritos.
Estão paralisados, mas não há desespero,
há calma e frescura na superfície intata.
Ei-los sós e mudos, em estado de dicionário.

Convive com teus poemas, antes de escrevê-los.
Tem paciência, se obscuros. Calma, se te provocam.
Espera que cada um se realize e consume
com seu poder de palavra
e seu poder de silêncio.
Não forces o poema a desprender-se do limbo.

Não colhas no chão o poema que se perdeu.
Não adules o poema. Aceita-o
como ele aceitará sua forma definitiva e concentrada
no espaço.



Chega mais perto e contempla as palavras.
Cada uma
tem mil faces secretas sob a face neutra
e te pergunta, sem interesse pela resposta,
pobre ou terrível que lhe deres:
Trouxeste a chave?

Repara:
ermas de melodia e conceito
elas se refugiaram na noite, as palavras.
Ainda úmidas e impregnadas de sono,
rolam num rio difícil e se transformam em desprezo.

De A Rosa do Povo (1945)

Búsqueda de la poesía

No hagas versos sobre acontecimientos.
No hay creación ni muerte ante la poesía.
Delante de ella, la vida es un sol estático,
no calienta ni ilumina.
Las afinidades, los cumpleaños, los incidentes personales no cuentan.
No hagas poesía con el cuerpo,
ese excelente, completo y cómodo cuerpo, tan indefenso a la efusión lírica.

Tu gota de bilis, tu mueca gozosa o de dolor en la penumbra
son indiferentes.
No me reveles tus sentimientos,
que prevalecen de equívoco e intentan el largo viaje.
Lo que piensas y sientes, eso aún no es poesía.

No cantes tu ciudad, déjala en paz.
El canto no es el movimiento de las máquinas ni el secreto de las casas.
No es la música oída de pasaje, rumor del mar en las calles junto a la línea de la espuma.

El canto no es la naturaleza
ni los hombres en sociedad.
Para el canto, lluvia y noche, fatiga y esperanza nada significan.
La poesía (no saques poesía de las cosas)
elide sujeto y objeto.

No dramáticas, no invoques,
no indagues. No pierdas tiempo en mentir.
No te aborrezcas.
Tu yate de marfil, tu zapato de diamante,
vuestras mazurcas y abusos, vuestros esqueletos familiares
desaparecen en la curva del tiempo, es algo imprestable.

No recompongas
 tu sepultada y melancólica infancia.
 No osciles entre el espejo y la
 memoria disipada.
 Si se disipó, no era poesía.
 Si se partió, cristal no era.

Penetra sordamente en el reino de las palabras.
 Allá están los poemas que esperan ser escritos.
 Están paralizados, pero no hay desespero,
 hay calma y frescura en la superficie innata.
 Están solos y mudos, en estado de diccionario.

Convive con tus poemas, antes de escribirlos.
 Ten paciencia, si son oscuros. Calma, si te provocan.
 Espera que cada uno se realice y consuma
 con su poder de palabra
 y su poder de silencio.
 No forces al poema a desprenderse del limbo.

No recojas del suelo al poema que se perdió.
 No adules al poema. Acéptalo
 como el poema aceptaría su forma definitiva y concéntalo
 en el espacio.

Ve más cerca y contempla las palabras.
 Cada una
 tiene mil caras secretas bajo la cara neutra
 que te pregunta, sin interés por la respuesta,
 pobre o terrible que le des:

¿Trajiste la llave?
 Repara:
 desérticas de melodía y concepto
 las palabras se refugiaron.
 Aún húmedas e impregnadas de sueño,
 ruedan en un río difícil y se transforman en desprecio.

De *A Rosa do Povo* (1945)

Anúncio da rosa

Imenso trabalho nos custa a flor.
 Por menos de oito contos vendê-la? Nunca.
 Primavera não há mais doce, rosa tão meiga
 onde abrirá? Não, cavalheiros, sede permeáveis.



Uma só pétala resume auroras e pontilhismos,
sugere estâncias, diz que te amam, beijai a rosa,
ela é sete flores, qual mais fragrante, todas exóticas,
todas histórias, todas catárticas, todas patéticas.

Vêde o caule,
traço indeciso.

Autor da rosa, não me revelo, sou eu, quem sou?
Deus me ajudara, mas ele é neutro, e mesmo duvido
que em outro mundo alguém se curve, filtre a paisagem,
pense uma rosa na pura ausência, no amplo vazio.

Vinde, vinde,
olhai o cálice.

Por preço tão vil mas peça, como direi, aurilavrada,
não, é cruel existir em tempo assim filaucioso,
Injusto padecer exílio, pequenas cólicas cotidianas,
oferecer-vos alta mercância estelar e sofrer vossa irrisão.

Rosa na roda,
rosa na máquina,
apenas rósea.

Selarei, venda murcha, meu comércio incompreendido,
pois jamais virão pedir-me, eu sei, o que de melhor se compôs na noite,
e não há oito contos. Já não vejo amadores de rosa.
Ó fim do parnasiano, começo da era difícil, a burguesia apodrece.

Aproveitem. A última
rosa desfolha-se.

De *A Rosa do Povo* (1945)

Anuncio de la rosa

Inmenso trabajo nos cuesta la flor.
¿Por menos de ocho reales venderla? Nunca.
No hay primavera más dulce, ¿una rosa tan asombrosa
dónde abrirá? No, caballeros, sed permeables.

Un solo pétalo resume auroras y puntillismos,
sugiere estancias, dice que te aman, besad a la rosa,
es de siete flores, cual más fragrante, todas exóticas,

todas historias, todas catárticas, todas patéticas.

Ved el tallo,
trazo indeciso.

Autor de la rosa, no me revelo, soy yo, ¿quién soy yo?
Dios me ayudará, pero él es neutro, y dudo
que en otro mundo alguien se curve, filtre el paisaje,
piense una rosa en la pura ausencia, en el amplio vacío.

Venid, venid,
mirad el cáliz.

Por precio tan vil pero pide, cómo diré, tallada de oro,
no, es cruel existir en un tiempo así en la filaucía.
Injusto padecer exilio, pequeños cólicos cotidianos,
ofreceros alta mercancía estelar y sufrir vuestra burla.

Rosa en la rueda,
rosa en la máquina,
apenas rosácea.

Sellaré, venta marchita, mi comercio incomprendido,
pues jamás vendrán a pedirme, yo sé, lo que mejor se compuso en la noche,
y no hay ocho cuentos. Ya no veo amateurs de la rosa.
Oh, fin de lo parnasiano, comienzo de la era difícil, la burguesía se pudre.

Aprovechen. La última
rosa deshoja.

De *A Rosa do Povo* (1945)



Carlos Drummond de Andrade (31 de octubre de 1902, Itabira, Brasil - 17 de agosto de 1987, Río de Janeiro) fue un poeta, periodista y crítico literario. Se le considera uno de los poetas más destacados del Brasil moderno y una gran influencia en la poesía brasileña de mediados del siglo XX.



Foto: Juli Valcillo

El Milagro

Pedro J. Zamora Nessi



En una tosca mesa, a la sombra de una mata de mango, Roberto ablandaba con sus encías una galleta de soda. Miraba al horizonte con la cara contraída de arrugas y los ojos entornados. Yo fotografiaba aves al pie de un árbol vecino cuando me detuve a observar al anciano. Roberto volteó y cruzó su mirada con la mía. No pude evitarlo, con el mayor descaro, cogí mi cámara y lo inmortalicé.

Caminé hasta la mesa y me senté a su lado. Merendé con calma un par de frutos mientras oía a los arrendajos arañar el silencio. Entonces, cuando ya me levantaba para irme, Roberto me preguntó: «Mijo, ¿cuántos milagros da Dios por persona?». Tardé unos segundos en reaccionar. Nunca he sido hombre de religión, es más, con el pasar de los años dejé de creer en casi todo lo que se puede creer. Así que respondí basándome en la lógica: «Don Roberto, supongo que uno solo sería lo justo». Me quedé esperando otro comentario, al poco rato comprendí que no ocurriría. Me fui y le dejé con sus reflexiones.

«¿Por qué está así?», le pregunté aquella tarde a su hija. «No estoy segura», me respondió, «pero hace días lo conseguí mirando la foto de tío Agustín». La historia de Agustín, el cuñado y mejor amigo de Roberto, no me era ajena. La oí todas las veces que fui a la Sierra de Imataca a fotografiar aves, y esa tarde ya había perdido la cuenta de las veces que había ido. Recordé cuando me la contaron por primera vez, a la luz de las estrellas, en la misma mesa bajo la mata de mango donde el anciano deglutía las horas. Agustín tenía un conuco bastante retirado del caserío. Los días que iba a trabajar salía de casa entre dos o tres horas antes del amanecer, para labrar la tierra apenas saliera el sol. Si terminaba a media tarde regresaba, si no, dormía en un refugio que se había construido. En una oportunidad pasó dos noches seguidas sin regresar a casa. Aunque no acostumbraba a pasar con frecuencia, tampoco era la primera vez que ocurría. La esposa de Agustín se mostraba tranquila. Él era un hombre joven, fuerte y habituado a la faena del campo. Aunque también era cierto que, en ocasiones, desprendía de su mirada un aire cansino, le faltaba el aire y sudaba profusamente. Por lo que, cuando la jornada era más dura de lo habitual, no era extraño que necesitara un poco más de descanso antes de regresar a casa. Roberto, por su parte, estaba inquieto. El embotado recuerdo

Pedro Zamora Nessi

(Caracas, 1979) es escritor, cantautor e informático. Vivió en Ciudad Guayana entre 1997 y 2024 y actualmente reside en Alemania. Su obra ha explorado la intersección entre la realidad y lo extraordinario, aunque en la actualidad se inclina más hacia el realismo. Algunos de sus cuentos han sido publicados en la revista *Axones*. Actualmente trabaja en su primera novela.

Puedes seguirlo en:
Instagram: @elpeterzam.
YouTube: <https://www.youtube.com/cultoparima>

de un sueño vespertino, donde un caricare pastaba al pie de su ventana, invocó una plenaria de malas sensaciones. Aquella noche la pasó consumido en sus pensamientos, así que al día siguiente no fue a trabajar y caminó hasta el conuco de Agustín. Llegó cerca del mediodía, encandilado después de caminar toda la mañana con el sol en la frente. Lo llamó a gritos y no hubo respuesta. Lo buscó por los senderos del terreno sin poder encontrarlo. Agotado, a punto ya de regresar, echó un último vistazo. La sombra profunda de los platanales le alivió la pupila. A lo lejos un movimiento le alertó. Caminó un poco en esa dirección y afinó la vista. Vio una silueta recortada por los troncos de las matas de lechosa, tumbada temblorosa en las sombras, revuelta entre los túmulos de maleza podrida, levantando la mano pidiendo ayuda. Corrió a auxiliarlo, sin importar arrasar con su paso los ajíes, pimientos y tomates que estaban a punto para cosecharse. Pero antes de llegar, a pesar de ese brazo que obstinado seguía balanceándose, ya sabía que Agustín estaba muerto: un enorme zamuro blanco se estaba almorzando sus ojos.

Roberto quedó afectado. No le importaron las causas naturales del fallecimiento, ni los problemas congénitos del corazón que no fueron detectados a tiempo. Jamás pudo sacarse de la cabeza la premonición inadvertida, mucho menos a aquel rey de

los zamuros que, como una representación rural de la muerte, le comió los ojos a su cuñado para que no pudiera encontrar el camino al cielo.

La noche del día en que Roberto me preguntó por los milagros, su esposa me invitó a cenar. La cocina era una habitación pequeña y alargada, con una mesa adosada al lateral. Ahí estaba Roberto, con la mirada perdida en la pared de bahareque, traspasándola con la furia de sus ojos insondables. El silencio era espeso, atenuado apenas por el continuo canto de un curucucú. Me senté a su lado. Roberto cogió un pocillo de café y comenzó a hablar: «Sé lo que está pensando, mijo». Le miré extrañado: «Don Roberto, discúlpeme, pero no sé de qué me habla», respondí. Emitió un bufido de exasperación. «De que no he ido más pal conuco, de eso le hablo». Le sonreí: «Don Roberto, yo no ando pendiente de eso. Sólo de mis aves». Roberto se removió en la silla y suspiró. Me dio la impresión de que soltaba parte del lastre que pisaba su ánimo. «Hay gente en el pueblo que le encanta hablá pistolada, de que me metí a flojo, de que si aquello, que si lo otro. ¡Guá!». Le dio un trago al pocillo antes de continuar. «Una criticadera porque el terreno está enmontao. Dios bendito. ¿Dígame usté qué puedo hacé? Si porai no hay ni uno solo de los hijos varones pa que me eche una manita. Los nietos son unos carajitos todavía, y pa que vivan esta vida mía prefiero que se vayan pal carajo, como

lo hicieron toíto los demás». Tragó grueso, con la respiración agitada. Las manos le temblaron cuando puso el pocillo sobre la mesa. Miré a su esposa, aparentemente absorta en el budare. Me devolvió la mirada con los ojos enrojecidos. «No se desespere, ya usted va a ver que alguna solución va a encontrar. Ahí tiene a su esposa, siempre a su lado. Piense en ella, en los buenos momentos que han pasado juntos. Porque de verdad no creo que todo haya sido tan malo en su vida, como usted me lo quiere pintar. ¿Acaso no se enamoró?», pregunté, mirando brevemente a su esposa, «¿No tiene buenos recuerdos de su juventud?». Roberto relajó los hombros, la tensión en su mirada disminuyó. «Mijo, claro que me enamoré, y tuve hijos y nietos y eché bastante varilla ija!, pero la vida del campo siempre es dura. Uno aquí trabaja y sobrevive, pero de algunas cosas, como de la salud, uno nunca se ocupa. ¿Sabía usté qué cuando muchacho me quedé ciego de un ojo?», me preguntó, abriendo las manos en un gesto de cansancio. «No, no lo sabía». «Puesí, un buen día me desperté y no podía ver por éste», dijo, señalándose el ojo derecho. «¿Y qué le dijeron los médicos?». Suspiró: «Gua, me dijeron la mismita lavativa quel muchachito del dispensario del Palmar, que dejara eso así, que no había nada que hacé». Su esposa nos puso en frente a cada uno un plato de arepas con queso, di las gracias y volví a mirar a Roberto. «Pasaron

treinta años, miijo, treinta años. Me acostumbré a viví así, sabe. ¿Qué hace uno si el doctor dice que no hay remedio?», volvió a abrir las manos en el mismo gesto de cansancio. «Nada», le respondí, mirándolo con los ojos entornados. Asintió con la cabeza y luego le dio un mordisco a su arepa, cuya masa estaba suave para que pudiera despedazarla con las encías. «Sabe, en las patronales de hace unos años vino un tipo raro al pueblo. Emperifollao con corbata y todo ija! Aquí y de bromita los más viejos se ponen unacamisita. La gente que habló con el tipo dicen que era un cura de oriente. Yo la verdá que no sabría decirle. Pero la cosa es que entre tanta gente bonchando esa noche y el tipo se vino a quedar fue mirándome a mí». En su rostro empezó a dibujarse una sonrisa. Yo le miré con renovada atención. «Como vi que me miraba, yo también me le quedé mirando, pero serio, sabe, como pa peleá. El tipo se me acercó, me puso las manos en los hombros y me dijo: mañana te va a pasá algo especiar. Se dio media vuelta y se fue. Yo lo único que dije fue: ah verga, ¿y a éste que bicho le picó?». Esquivé las ganas de reírme para no perder ni pizca de la historia. «Esa noche me acosté a dormir con un dolor de cabeza recio. Al principio pensé que era resaca, porque había tomado ron con los amigos... Pero luego sentí un calor, sabe, una cosa extraña que me quemaba el cerebro, detrás del



ojo», dijo, señalándose el ojo derecho. «Cuando me desperté al día siguiente ya el malestar había pasado, pero me sentía distinto, como liviano. Cuando me levanté de la cama a cepillarme los dientes, que vi que el cuarto era como más grande, fue que me di cuenta que otra vez podía ver con los dos ojos». Me enderecé en la silla. Miré a su esposa, que todavía estaba frente a la cocina, y ésta me asintió con una sonrisa. «Esa, mi amigo, aparte de la familia, es la única cosa buena que me ha pasado en la vida». «Pero Don Roberto, ¿me está hablando en serio? ¿Un milagro?». «Pues claro, miijo, yo no me juego con esas cosas de Dios». Sonreí tímidamente: «¿Treinta años después?». «Le estoy mirando ahorita mismo con mis dos ojos». «¿Pero si

fue un milagro de verdad, por qué me lo cuenta así, con tanta indiferencia?», dije, izando la arepa sobre el plato. «Es que pa lo que me sirvió, miijo. Ya había aprendido a viví con un solo ojo. Luego, después de viejo, tuve que aprendé a viví con los dos otra vez». Dejé la arepa suspendida en el aire, a medio camino entre el plato y mi boca. Sostuvimos la mirada, serios, en un pulso silente y prolongado. Entonces, por primera y única vez en mi vida, vi a Roberto reír a carcajadas. Su esposa se le unió, después su hija, y al final yo también me sumé a las risas. Terminé la cena y me fui a dormir, convencido de que había aliviado la congoja de un amigo.

A la mañana siguiente me levanté antes del amanecer para observar aves. Vi a Roberto en

la oscuridad, deambulando por el patio. Nos saludamos desde lejos, en silencio, levantando una mano. Después del gesto me fui al monte, donde estuve varias horas. Cuando regresé a media mañana me ofrecí a moler el maíz para las cachapas del almuerzo. Me extrañó no ver a Roberto en su silla bajo la mata de mango. Un par de horas después del almuerzo seguía sin ver a Roberto, noté que su esposa estaba preocupada. Me acerqué a preguntar por él. Aquella mañana se había levantado animado. Temprano, con las luces del alba, poco después de yo irme, se fue a dar un paseo y aún no había regresado. Un frío incómodo me removió las entrañas. Pedí indicaciones de cómo llegar al conuco de Roberto y fui lo más rápido que pude.

Llegué al lugar y suspiré. Roberto estaba sentado en el tronco de un árbol caído, con la misma mirada violenta de siempre. Sin aliento por la carrera, me acerqué y me detuve a su lado. «¿Mijo, no será usted un cura vestido de civil?», dijo muy serio. No pude evitarlo y solté una carcajada. «No, Don Roberto, soy un mortal más». Volteó a mirarme brevemente, luego volvió a perder la vista en el horizonte. «¿Qué hace acá tan solo?», le pregunté. «Un único milagro me dijo ayer, ¿verdad?». La brisa cálida movió las nubes y el sol cayó inclemente sobre nosotros. Caí en cuenta: «Sí, Don Roberto, pero dicen que Dios es piadoso...». «Gua, yo no



acaparo». Un caricare encrestado planeó sobre nosotros, ambos volteamos a verlo. A la vista del ave los ojos de Roberto se inundaron. El caricare agitó las alas y en un giro violento se perdió de vista. Roberto se pasó la mano por los ojos y luego carraspeó: «Regresemos, que en casa ya deben estar preocupados».

A los tres meses murió Roberto. Cuando lo supe, una nube efímera, como nuestra amistad, cruzó por mi ventana, oscureciendo unos segundos la habitación. «¿Cómo fue?», le pregunté al amigo que me llevó la noticia. Me dijo que había muerto en su silla, bajo la mata de mango, a lo cual asentí con alivio. Pensé en su esposa, en su hija, en los nietos que lo quisieron en silencio, en todos los que le vieron penar en vida esos últimos meses, de un asiento a otro de su casa, día tras día. Pensé en la violencia lastimera de su mirada, en las

incontables galletas de soda, en la noche que me confió sus recuerdos.

Pasaron algunos meses más antes de que volviera a aquel paraje. Me bajé del carro en el camino, haciendo los últimos metros a pie. Vi a lo lejos la mata de mango, asomándose por encima de la casa. Imaginé la mesa y aquel asiento abandonado en la intemperie. Toqué la puerta, me abrió su esposa. Al verme me abrazó, estaba tranquila. Me invitó a pasar y me ofreció café. «Voy de pasada», le dije, sin apenas levantar la vista del suelo. Abrí mi bolso, saqué un paquete rectangular envuelto en papel y se lo entregué. Cuando rompió el envoltorio se echó a llorar: «¡Es un milagro!», gritó, blandiendo el objeto con la voz quebrada. Ahí estaba Roberto, con su mirada furibunda azotando el horizonte, blandiendo con altivez su galleta de soda, en la última fotografía de su vida.

La inspiración murió un 16 de julio

Emanuel Rondón



La noche del martes 16 de julio confirmé otra de las cualidades que posee la Muerte. Es una dama, sin duda —lo es, me parece a mí—. Siempre toca la puerta antes de entrar, no llega tarde; siempre es puntual. Naturalmente: no discrimina por género, creencia o raza. La Muerte es una dama; una dama, sin embargo, que le apasiona la monotonía. Ella espera el momento perfecto, el momento en el que sus inquilinos menos esperan su llegada para aparecer, siempre pulcra.

Una vez es recibida y la puerta es abierta, entra. Toma lo que tiene que tomar y deja tras de sí distinguidos presentes para el anfitrión de la casa. Con respecto a esto, por mucho tiempo pensé que lo único que podía encontrar tras ese envoltorio transparente era caos, conflicto; división, dolor. Los adjetivos propios de un lugar azotado por la ruina, que era aquel vestido que ella misma portaba con orgullo. Ese martes me di cuenta de que no era así. Yo nunca había conocido esta faceta de la Muerte hasta ese día. Me pareció que nos volvimos amistades cercanas por un momento. Ella se llevó mis lágrimas y todo sentimiento que pudiera aflorar y manifestarse físicamente. Dejó mi habitación vacía. Como si no hubiese existido nada antes de ese momento específico.

Usted me miró en ese momento, bajo el resguardo de finos lentes de montura negra. Sobre una libreta anotaba mis observaciones con diligencia. Entonces hice silencio, repasando palabra por palabra que me hiciera recordar la última vez que hablé con mi abuela. Me aterró pensar que nunca nos despedimos, ni siquiera le llegué a decir cuánto la quería. ¿Le dije algo en algún momento?, usted me preguntó; y no recordaba. Llegué a dudar si dentro de mí quedaba algún rastro de sensibilidad.

Quién diría. La Muerte sí se llevó todo lo que quedaba de mí. Pero, aún así, ¿cómo defenderme de su acometida si no era abandonando todo sentimiento que me uniera a lo mortal? No había nada que pudiera hacer. Después de todo, ya no quedaba nada. ¿Cuál era su nombre? No lo sé, y no creo que fuese algo que se llevara a la otra vida, pues en serio dudaba que, transitando por calles de oro o nadando por un mar de cristal, necesitara un identificador.

Sí recordaba una sola cosa: lo que mi abuela representaba para mí. Fue entonces que usted notó que unas pocas lágrimas llegaban tarde al descenso por mis mejillas, otras se agolpaban en mis ojos y empañaban mis lentes. Esta vez fue usted quien mantuvo silencio.

Emanuel Rondón

Estudiante de Comunicación Social en la Universidad Católica Andrés Bello extensión Guayana. Tiene varios cuentos inéditos. Además realiza trabajos de diseño gráfico. Es promotor cultural.

Era la primera vez que lloraba; ¿desde cuándo no lo hacía? Consideré hacer mi mayor esfuerzo por acariciar esa sensación más seguido, porque en aquel río vinieron mis palabras.

La persona que lloraba en ese momento no era yo; nunca había sido. Era más bien un cúmulo de ideas, palabras y mañas de miles de personas que se acaban juntando para formar la masa de una vida que parece plagiada. De entre esa interminable lista de creadores, el río me susurró dos corrientes; una subía y la otra bajaba. Allí encontré los nombres que me hacían falta.

Le conté cómo existían dos tipos de personas que habían marcado mi vida con tizón.

El primer grupo era el inspirador: los modelos a seguir. Allí entraban, entre otros individuos, mis padres, mi profesora de Castellano de mis años de bachillerato, mi abuelo —el esposo de mi abuela—. Entonces recordé cómo él se había despedido antes que ella, y de igual forma no encontré argumento válido para sentirme triste en su momento. Lo que sucedía con este grupo que, contándolo con mis dos manos, no parecía numeroso, era que yo nunca los sentía lejos de mí. ¿Por qué?, usted preguntó.

Porque yo trato de ser la mejor versión de ellos, así me convierto en una suerte de impostor que trata de copiar lo bueno y desechar lo malo, como el filtro del lavamanos. No creo que lo haya hecho bien, en realidad; creo que había sido al contrario: mientras más trato de parecerme a ellos, más me tropiezo cuando camino. Como una esponja que de tanto uso se ensucia más rápido de lo que limpia.

En el segundo grupo entraba mi abuela. Así como hay personas que son un ejemplo, las hay aquellas que son, simplemente, la razón por la que uno se esfuerza, por la que deseaba ser exitoso en la vida. Este grupo es efímero, pues la corriente diluye sus rostros con el tiempo, y llevadas por ella, terminan cayendo en picado hacia un lugar en la que la motivación no puede extender su brazo. Me dolía haberme olvidado de mi abuela.

Me dolía que mi abuela se hubiera olvidado de mí, que me hubiera dejado atrás. Mi musa, mi inspiración, se había olvidado de mí. El 16 de julio del 2024, mi inspiración murió.

Usted me preguntó si yo había perdido las ganas de vivir, y por momentos no supe qué responderle. Me vio titubear, ahogado. No lo sabía. Eso me llevo a pensar: si la necesitaba a ella para sentirme lleno, ¿qué tan lleno estaba en primer lugar? No, así no era. ¿Qué tan vacío estaba entonces? Lo miré, y usted de inmediato notó el lenguaje propio de un hombre abatido, anclado al pasado.

Siete meses ha de aquella consulta. Me resultaba irónico recordar punto por punto nuestra conversación al mismo tiempo que me dirigía al cementerio. Por el rabillo del ojo vi como los carros a mi alrededor dibujaban una estela al pasar, como las palabras de un libro que se lee deprisa. Quizás en ellos pude descifrar esas palabras.

De copiloto estaba un escueto ramo de flores sorprendentemente baratas: era mi carta de despedida. Luego de limpiar el borde de la lápida de cualquier maleza que quisiera borrar su recuerdo, la colocaría en su respectiva posición como una bandera que pudiera identificar en la lejanía. Era una bandera blanca, la bandera de la derrota. La de un país en ruinas. Al menos eso era lo que me había imaginado. Pero, recordando cómo era la Muerte en cada una de sus visitas, nada de eso pasó.

Las flores quedaron en su sitio, pero no pude evitar pensar que aquel simbolismo no valía la pena. Debajo de aquella lápida no había nadie. Por mucho que hablara, nadie me escucharía. Así que, una vez más, no pasó nada. Tan solo miré la fecha inscrita en la tumba: 16 de julio de 2024. No parecía tan lejano. Miré el nombre de aquella mujer. Me pareció distante. Por último, miré el epitafio que compartían mis abuelos en lo que mi madre llamaba su hotel cinco estrellas. Sonreí al pensar que no entendía nada de lo que allí estaba escrito. Permanecí de pie, pensando mil y una formas para vandalizar ese recuerdo y recuperar lo que había perdido. No hubo manera.

Y como no tuve el coraje para hacer algo, imaginé que escribía algo por encima del acrílico dorado de la lápida:

«Aquí yace la inspiración».

Ángel Marcó: Mi poesía nace de mis pensamientos de insomnio

Franklin Fernández



Una nueva voz que destaca en el estado Anzoátegui es la del joven estudiante de 4to año de bachillerato Ángel Gabriel Marcó Bompart (Puerto La Cruz, 2008), de la Unidad Educativa "José Leonardo Chirino" de Barcelona. Tiene 16 años de edad, y es el mayor de tres hermanos. Actualmente vive en la "Fundación Mendoza" (Conjunto Residencial "El Campanario"), muy cerca de la institución donde realizamos nuestros talleres.



Franklin Fernández. –Me comentaste en una oportunidad que nunca tuviste relación alguna con la poesía ¿Cómo la descubres? ¿Y cuál fue tu primera impresión?

Ángel Marcó. –Es cierto, nunca había tenido contacto alguno con la poesía. Así que, al descubrirla, la primera impresión fue la de tener una excusa para faltar a las clases de física (Risas). Pero con su ayuda, poco a poco me fui entusiasmando, la poesía me fue atrapando porque yo venía escribiendo un diario amoroso muy personal. Así que vi esto como una oportunidad de entender y hacer algo diferente.

F.F. –También me comentaste que en tu casa nadie había tenido relación alguna con la poesía. Entonces, ¿de dónde emana? ¿Cómo brota tu interés por la poesía?

Á.M. –Mis padres siempre han esperado de mí un gran potencial creativo, académico o deportivo, y la presión de eso me llevó a liberarme mediante versos; es decir, buscar mi propio camino.

FRANKLIN FERNÁNDEZ

Nació en Caracas, Venezuela, el 12 de abril de 1973. Realizó estudios en el IUESAPAR (Instituto Armando Reverón de Caracas), donde obtuvo el título de Licenciado en Artes Plásticas Mención Pintura, en el Año 2003. Participó en el "Taller de Poesía" del CELARG (Casa Rómulo Gallegos, Caracas), con los poetas Lázaro Álvarez y Arturo Gutiérrez Plaza (1998-1999). Es autor de varios libros de poesía, entre los que caben mencionar: *Miopía* (Pliegos de la visión, España, 2021); *Poemas-Objeto: Cuerpo y textura de la poesía* (El Perro y La Rana, Caracas, 2011); *La Escritura y tú* (SER Anzoátegui, 2010); *Simples* (El Perro y La Rana, Caracas, 2006); *Breves* (El Pez Soluble, Caracas, 2000). Como investigador ha compilado bajo su cuidado los trabajos de: Cheyve Guayke: *Me declaro enemigo* (El Perro y La Rana, Caracas, 2024); *Yubana Marcó: Acercamientos* (El Perro y La Rana, Caracas, 2022); Eduardo Sifontes: *Relevo de Guardia: Obra reunida: poesía y prosa 1962-1974* (El Perro y La Rana, Caracas, 2021); *Silabario del Incierto. Entrevistas a Juan Calzadilla* (Fundarte, 2015); Carlos Yusti: *Poéticas del Ojo. Una mirada impertinente acerca de las artes visuales (1999-2008)* (2009); *La Imagen Doble* (El Perro y La Rana, Caracas, 2006).

Creo que mi poesía nace de mis pensamientos de insomnio, de mis depresiones de amor. Comencé a leer por un amor no correspondido. Así que la poesía emana del sentimiento y la acción.

F.F. –¿Qué es para ti la poesía?

Á.M. – La poesía es sentimiento, eso que a simple vista no vemos o no entendemos, aquello que pasa desapercibido. Es eso que está ahí o allí, pero oculto. Aquello que el poeta trata de revelar. Recuerdo que usted nos dijo en una oportunidad que el primer acto poético o la primera acción humana o sensible del hombre fue la de colocar una flor o un murciélago sobre el pecho de los difuntos. La poesía también puede significar eso: la sensación de sentir mariposas en el estómago cuando se está enamorado.

F.F. –Hablas de un diario amoroso, ¿qué te inspira o atrae a la hora de escribir?

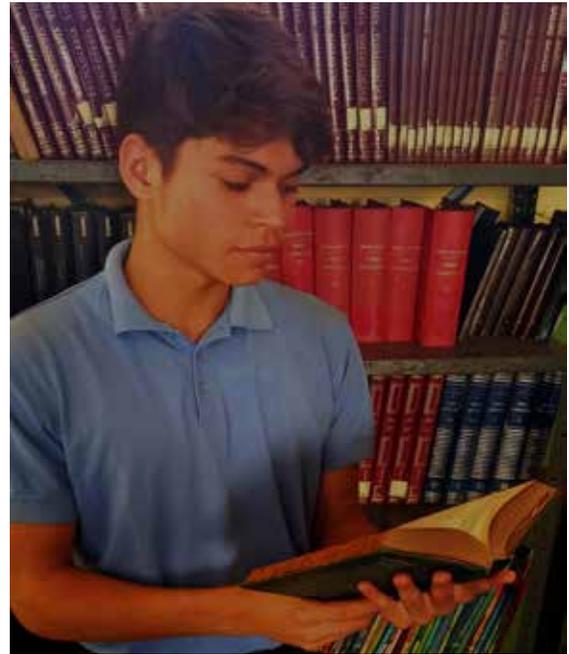
Á.M. –Me inspira el amor, y el dolor del amor. Ahora veo la vida de una manera diferente, me enfoco en los pequeños detalles que a simple vista nunca vemos. Es allí en donde mis ideas vuelan y en donde más significados encuentro.

F.F. –¿Te sientes cómodo cuando escribes?

Á.M. –Pues, sí. Existe esa pequeña comodidad entre las 3:45 a. m. y 4:00 a. m., donde el silencio se apodera de mi cuarto y todo lo vivido regresa a mí, y busco expresarlo con palabras.

F.F. –¿Qué autores has leído y qué libros te gustan más? ¿Cuáles son tus temas predilectos?

Á.M. –En realidad, pocos. He leído a filósofos como Dostoievski, Sócrates y Diógenes "El perro". Además de Antoine de Saint-Exupery, Ernest Hemingway, Edgar Allan Poe, Paulo Coelho y Pablo Neruda (el libro que usted me regaló). Por los momentos, el amor y el dolor son mis temas predilectos.



El poeta Ángel Marcó

F.F. –Comprendo que escribes para ti. Pero, ¿piensas en un lector?

Á.M. –Creo que escribo para mí, ciertamente. O para esa persona que logre entender el sentimiento en mis versos.

F.F. –En el marco del "17º Festival Mundial de Poesía" de Venezuela (Capítulo Anzoátegui, 2023), el cual celebramos con un recital poético en el "Teatro Cajigal" de Barcelona, leíste junto a un grupo de poetas de talla nacional e internacional: Nelly Villegas, Ana Melissa Merlo, Achour Fenni, Enrique Sánchez Ernani y Tarek Eltayeb. ¿Qué sentiste al leer por primera vez tus poemas frente al público?

Á.M. –Fue una experiencia increíble. Por supuesto, tenía los nervios a millón. Aún recuerdo cuando el poeta sudanés Tarek Eltayeb quiso conversar con nosotros, pero no lo entendimos (Risas). Sin embargo, Scarlet Gómez tuvo una buena afinidad con la poeta de Honduras, Ana Melissa Merlo. La poeta le regaló un libro firmado por ella. ¡Genial!

En el "Teatro Cajigal" de Barcelona, las luces nos encandilaban. Y aunque la presión era abrumadora, se sentía un ambiente muy cálido y hermoso.

F.F. -¿Qué sientes hoy, a casi un año de comenzar los talleres de poesía, el poder ver tus poemas publicados?

Á.M. -Guauuu, es algo muy impresionante, la verdad no me lo esperaba. Es impactante ver cómo lo que comenzó como una excusa, de verdad está creciendo. Me siento muy orgulloso y bastante emocionado. Personalmente, estoy muy agradecido con la Escuela Nacional de Poesía "Juan Calzadilla". Usted es una de las pocas personas que, al dar un trabajo pedagógico, logra atraparnos y llenarnos con esa pasión tan hermosa que usted comparte. Gracias por orientarnos, su trabajo pedagógico es muy estimulante. En verdad es increíble.

F.F. -Dicen que la poesía es canto, y el pensamiento, desencanto. Entre canto y desencanto, ¿cuál elegirías?

Á.M. -Elegiría el desencanto, por supuesto (Risitas). Porque dentro de toda esa tristeza siempre está el consuelo de ver un rayito de luz. Mientras que, en el canto, siempre llega la decepción y el inconformismo de lo mismo o de notar la sombra dentro de la luz; es decir, ver el sentimiento oscuro de quienes somos.

F.F. -¿Qué espera un joven estudiante de los talleres que promueve la Escuela Nacional de Poesía "Juan Calzadilla"?

Á.M. -La verdad, nunca esperé nada. Imagino que la gente lo que espera es que uno diga que esto me ayudará a ampliar mis horizontes, ser más creativo y tener un mejor desarrollo en mis poemas. Cuando en realidad sólo quería desahogarme, comprender mis sentimientos y poner en orden mis pensamientos e ideas.

F.F. -¿Crees que los talleres de poesía son útiles? ¿Para qué sirve un taller de poesía?

Á.M. -Los talleres son una oportunidad disimulada de controlar a los jóvenes que, aunque sus problemas sean pequeños, siguen siendo problemas. Al estudiar la poesía uno encuentra la forma de tratar esos problemas poco a poco. En mi caso muy personal fue así. La poesía para mí ha sido terapia, y el taller que usted imparte ha sido una forma de sanación, una forma de curarme de cualquier disfunción.



SELECCIÓN DE POEMAS DE ÁNGEL MARCÓ

AJEDREZ

Comenzamos el juego con furia y odio.
Estratégicamente pensamos en mil maneras de acabar con el rival.

Lanzamos tropas y, al igual que peones; caen con el tronar de los fusiles,
borrando familias y seres inocentes
mientras me escondo tranquilamente fuera del tablero.

Dos reyes no pueden existir en un mismo juego.
Sólo uno sobrevivirá al rival.
Nadie comerá ninguna costilla.

BOTAS DE PAPÁ

Pasos breves y ligeros,
se hacen sentir aún más en la ausencia,
retumban en el bullicio
donde el silencio ya no se escucha.

AMOR

Cuando hablo de ti, digo que te entiendo
cuando en realidad no te entiendo

No me dieron la oportunidad de elegirte
pero si tuviera la oportunidad de hacerlo
igual te elegiría, en esta vida y en la otra

Porque si algo es seguro,
es que ni la eternidad del tiempo
podrá borrar lo que siento por ti.



Foto: Yuri Valecillo

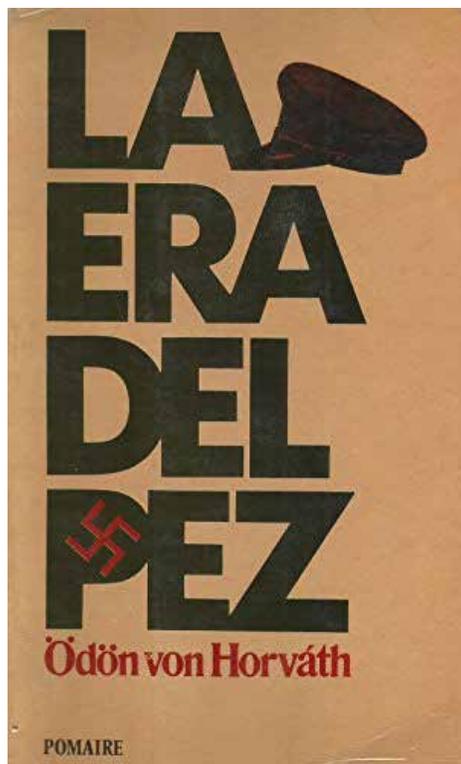
La mala suerte de Ödön von Horváth

Diego Rojas Ajmad

Cara rechoncha. Algo obeso. Tez blanca y espíritu jovial. Nada hacía sospechar que Ödön von Horváth arrastraba tras de sí un trágico y absurdo destino que le arrebataría la vida a sus escasos y aún prometedores 36 años.

En 1920, cuando tenía 19 años, von Horváth era ya reconocido en la Alemania de entreguerras como un destacado dramaturgo. Sin embargo, la época que le tocó vivir le exigiría nuevos retos y sacrificios. En 1933 el estado totalitario y fascista del nazismo asumió el poder y ya nada volvería a ser como era antes. En sus obras de teatro y en sus novelas supo representar von Horváth el horror desde los inicios mismos de la hecatombe, cuando muy pocos habían logrado visualizar la avalancha de desgracias que se avecinaba. Tuvo mente clara e inteligencia para saber que la paulatina restricción de las libertades, que el populismo, el nacionalismo, el terror y la violencia no eran causados por un sólo hombre y sus virtudes de encantador de muchedumbres, sino que la semilla de ese mal estaba en realidad en la indiferencia de todos.

«Las eras del horror se reconocen, casi siempre, demasiado tarde», puede leerse en la contratapa de la edición de una de sus novelas. En ella, titulada *La era del pez* (conocida también como *Juventud sin Dios*), se muestra la historia de un joven y reflexivo profesor de historia que se cuestiona a cada momento el sentido de su profesión y las manifestaciones de racismo, de exclusión y de intolerancia que expresan sus estudiantes, y que tanto el colegio, los padres, así como la sociedad toda parecen consentir. En una de las escenas iniciales, el director del colegio le exige al profesor que no corrija a un estudiante por afirmar que «los negros son infrahumanos», y que su obligación es «educar para la guerra». Esta novela de von Horváth fue escrita en 1937, un año antes de la llamada «Noche de los cristales rotos», persecución y



**Ödön von Horváth. *La era del pez*.
Barcelona: Pomaire, 1979.**

violencia de los nazis contra los judíos que abrió la puerta a la reclusión y matanza en campos de concentración, y allí radica uno de los valores de la obra: no habla como historiador, con la distancia objetiva de un hecho pasado; al contrario, logra percibir en la sociedad, en los sujetos cotidianos, el fermento del mal que se encontraba a la vuelta de la esquina.

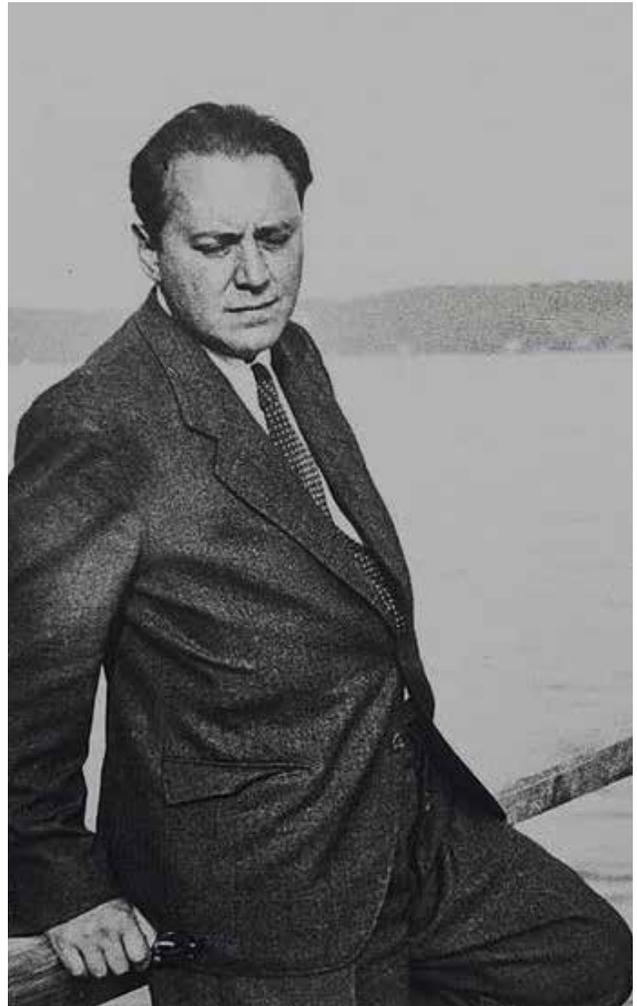
De su obra, llegó a decir Stefan Zweig: «La era del pez es quizás el cuadro más realista que se ha escrito sobre aquella generación que creció en esos desesperados años entre ambas guerras mundiales. Nunca se ha expresado tan vivamente el apasionado deseo de aquella juventud de escapar de una atmósfera envenenada por los odios políticos y las pasiones sociales. Y esta novela, que lleva el sello de la verdadera poesía,

es una obra maestra en su género y constituye uno de los documentos más importantes de su época».

A pesar de haber huido de las fauces del nazismo, al cual criticó profundamente desde sus primeros años, Ödön von Horváth no pudo escapar de la muerte que le acechaba.

Von Horváth se encontraba en 1938 en París, exilado, añorando las calles y los amigos ausentes que ahora poblaban su memoria. Paseaba la tarde del primero de junio por los Campos Elíseos y, de pronto, una ventisca comenzó a agitar fuertemente los árboles de la avenida. Mientras se guarecía bajo uno de los árboles, una enorme y pesada rama cayó sobre su cabeza. El golpe lo mató instantáneamente. Dieciocho obras de teatro, tres novelas y muchos proyectos para futuros trabajos que ya no verían luz fue el saldo de toda su creación.

Esta anécdota acerca de la mala suerte de Ödön von Horváth me hace recordar un breve relato fantástico del escritor francés Jean Cocteau, compilado, si mal no recuerdo, en esa maravillosa memoria portátil de la imaginación que es la *Antología de la literatura fantástica* elaborada por Silvina Ocampo, Adolfo Bioy Casares y Jorge Luis Borges.



E. escritor Ödön von Horváth

El relato, titulado «El gesto de la muerte», es tan breve que resulta mejor transcribirlo que parafrasearlo. Dice así:

«Un joven jardinero persa dice a su príncipe:

—¡Sálvame! Encontré a la Muerte esta mañana. Me hizo un gesto de amenaza. Esta noche, por milagro, quisiera estar en Ispahan.

El bondadoso príncipe le presta sus caballos. Por la tarde, el príncipe encuentra a la Muerte y le pregunta:

—Esta mañana ¿por qué hiciste a nuestro jardinero un gesto de amenaza?

—No fue un gesto de amenaza —le

responde— sino un gesto de sorpresa. Pues lo veía lejos de Ispahan esta mañana y debo tomarlo esta noche en Ispahan».

Muertes absurdas de escritores ha habido, pero la de Ödön von Horváth parece ser la más absurdas de todas. Quizás la Muerte no le hizo un gesto de amenaza en Alemania, sino de sorpresa, pues debía tomarlo en París.

Ninguno sabe a ciencia cierta dónde le alcanzará la muerte. Sin embargo, tal vez eso no importe tanto como el procurar que lo vivido haya en realidad valido la pena, desde una conciencia de libertad, verdad, valentía y rectitud. Por suerte, un escritor como Ödön von Horváth lo supo antes de toparse con la parca.



Los malos pensamientos

Francisco Arévalo

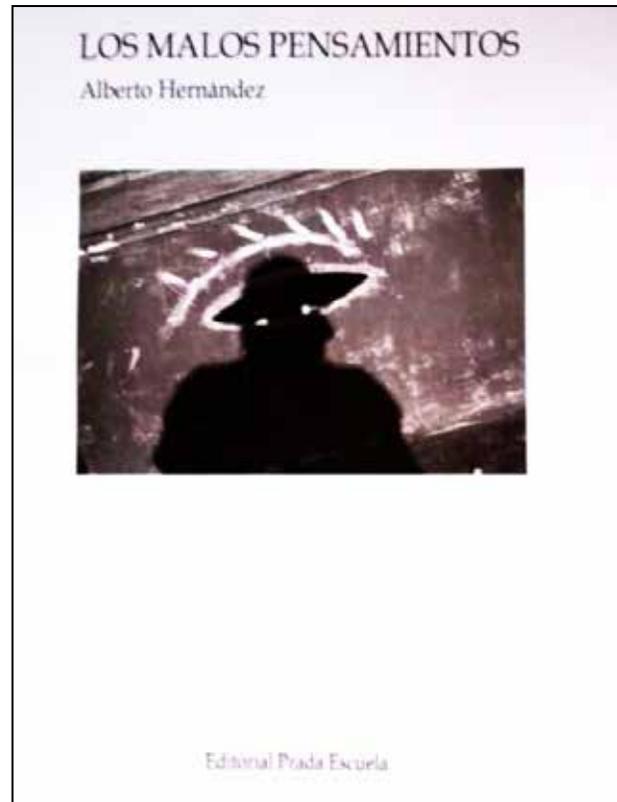
Si hay un protagonista dentro del panorama de la literatura venezolana que se ha ganado mi respeto y admiración, ese es el poeta calaboceño Alberto Hernández (25-10-1952).

Nuestra amistad ya bordea las tres décadas; nos presentó Harry Almela, el poeta que vivía frente a la plaza de toros de Maracay, y es motivo para escribir una novela con pasta cinematográfica, pero eso es otro tema.

En Alberto siempre he admirado su humor y su don de gente infinito, al punto de decir que quien se incordie o hable en términos oxidados del poeta, o no lo conoce o lo envidia de manera infeliz, ordinaria. Alberto es un caballero en mayúscula y lo digo con experiencia añejada. Podremos estar en desacuerdo, pero eso no rompe el envase donde reposa nuestra hermandad; además gracias a él heredé dos personajes: exquisitos editores, hombres de teatro, poetas y sobre todo amigos: José Luis Ochoa y Juan Martins.

Esto que escribo, más que una nota de su más reciente publicación, es un reconocimiento a alguien que ha demostrado un compromiso férreo con el arte, con la poesía y con nuestro idioma. Todavía guardo recuerdo cuando me obsequió su hermoso texto *El poema de la ciudad* (2003), libro que me quedó como un registro impecable de cómo se le canta con tono más allá de todo a una urbe, con sus orígenes, sus personajes y eventos que levantan su registro histórico con poesía.

Alberto, aparte de pedagogo, es periodista, de oficio y principio. Dedicó parte importante de su vida al diarismo cultural, esa manera especial de relacionarse con lo excepcional de la vida, porque eso es hacer periodismo cultural, un avistamiento a lo sublime tratando de no ser agredido por la cotidianidad que está embadurnada de circo deportivo, el pulso de nuestra mediocre política y la tragedia y violencia de la calle palpitante de oscuridad.



Alberto Hernández.
Los malos pensamientos.
Nueva Esparta: Prada Escuela, 2025.

FRANCISCO ARÉVALO

Escritor venezolano (San Félix, Bolívar, 1959). 16 libros de poesía; 3 novelas y 1 libro de relatos. De otro orden son las selecciones y antologías de poesía venezolana y latinoamericana donde aparecen algunos de sus textos. En sus libros publicados se pueden mencionar las novelas *La esquizofrenia de las golondrinas* (Premio Fundarte, 1999), *Adiós Matanzas en invierno* (1999) y *Tropiezos en el campanario* (2008), así como los poemarios *Brote* (1989), *Nadie me reina en estos parajes de hormigón* (1993), *Sur* (1995), *Alcoholes de otra iglesia* (1996), *Algo más que baladas agridulces* (2001) y *Agrio de colmena* (2001), entre otros. Sus dos libros de poemas más recientes son *Cerodosochoseis*, *Herida o la claridad del deseo* y la novela *La pecera de los bagres*.

Tiene en su haber una novela que se alzó con el Premio Transgenérico de la Fundación de la Cultura Urbana en el 2017, se trata de *El nervio poético*, por mencionar uno de los más recientes, y que por cierto, vale la pena resaltar, es un homenaje a dos poetas fundamentales en la poesía venezolana; Eugenio Montejo y Pepe Barroeta. Creo que estamos ante una novela original, única.

Excepcional padre y mejor hijo, eso lo hace un personaje con una capacidad infinita de dejar una impronta en el problemático y nada santo panorama creador de la literatura venezolana, abundante de sicópatas menores disfrazados y otras estupideces. De otro orden son los narcisos integrales que, lejos de ser motivo de algo, son la esencia de la nada; no persiguen molinos de vientos sino espacios dentro vitrinas de vanidades y relaciones públicas vacías.

Nuestro poeta es académico de la lengua y eso por supuesto lo hace más cercano con el país real, que hemos visto como hasta el idioma lo hemos convertido en señas groseras en ese laberinto oscuro de lo que llaman los psicólogos y sociólogos «dinámica social».

Alberto irrumpo una vez más con esta publicación cuyo título nos dice mucho, *Los malos pensamientos* (ediciones Prada Escuela, Nueva Esparta, 2025). Provocativo título que no deja de lado su intención. Aquí el poeta se sumerge en las aguas del aforismo con maestría. Estamos hablando de un hombre

pensando en voz alta, aborda desde lo más insignificante de la vida hasta el vértice, esas líneas que nos definen o los remolinos del vórtice que está implícito en ver más allá del ojo común, del trajín cotidiano con lo que vamos construyendo nuestra episteme.

Alberto Hernández es un provocador elegante que sabe las claves y arcanos de nuestra lengua, los movimientos de ese animal que come y defeca en las narices de esta asfixiante postverdad que nos aturde en medio de la nada. Creo que *Los malos pensamientos* nos restriega en la cara que nunca se había mentido tanto como por estos días, nunca la duda vulgar se había colocado en primeros planos; hablamos de la vulgarización de la duda, porque ya hablamos de los principios con lo que se construye la episteme, eso es la duda saludable como arsenal, como pilar fundamental del conocimiento.

Los malos pensamientos es un libro construido con ironía, lo que nos lleva al campo del conocimiento ilustrado, sólo los sabios saben de ironías y del humor negro que se fragua como recurso terapéutico en medio de esta estafa enfundada en relación social.

Para terminar, a mi Alberto me recuerda al periodista y novelista catalán Josep Plá, su carácter y amabilidad denotan una felicidad que se ha desprendido totalmente de la envidia y ha descubierto que el éxito radica en la nada. Eso condensa a *Los malos pensamientos*.



Foto: Yuri Valecillo



Foto: Yuri Valecillo

